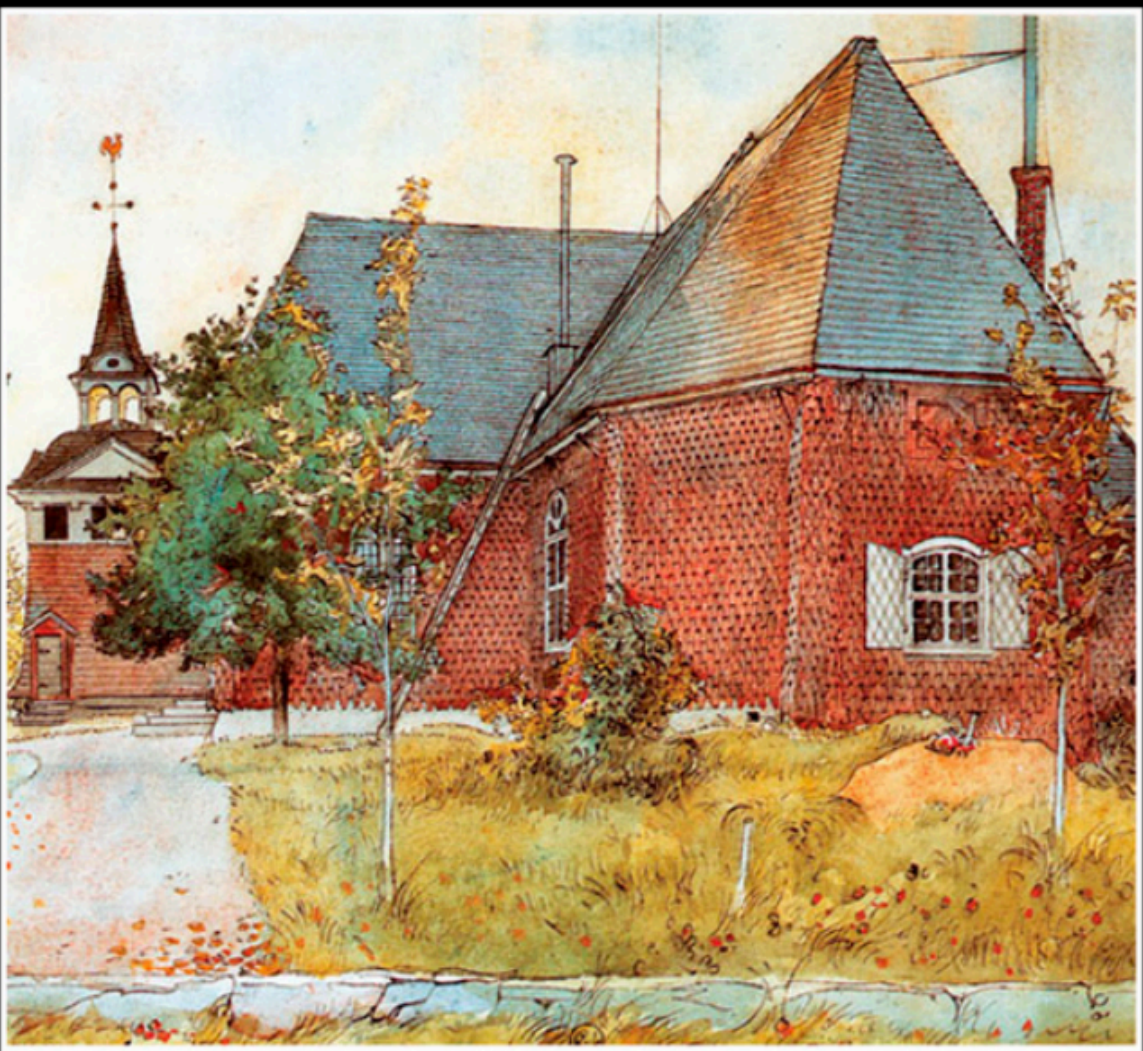

ADALBERT STIFTER

El sendero en el bosque

Traducción de Carlos d'Ors Führer

«*Hay que advertir que el señor Tiburius, de joven, era un gran mentecato*». Estas palabras son la carta de presentación del neurasténico, solitario y misántropo Tiburius Kneight que, hastiado de todo e instalado en una vida de lujo e indolencia, decide visitar un balneario siguiendo los consejos de un doctor algo chiflado que nunca receta medicamento alguno a sus pacientes. Porque, ¿quién creería a un doctor que prescribiera un paseo por un bosque, una caja de lápices, un cuaderno de dibujo, una cesta de abedul y una campesina que recoge fresas?

Narrada con sencillez y frescura, *El sendero en el bosque* es un sorbo de agua de fuente en un día de calor. Un libro lleno de inocencia y sobriedad, pero también de una profunda sabiduría no exenta de destellos de mordacidad, para paladares acostumbrados a los mejores vinos.

«***Uno de los narradores más extraordinarios, enigmáticos, audaces y apasionantes de la literatura universal***» —Thomas Mann.

Adalbert Stifter

El sendero en el bosque

ePub r2.2
Titivillus 17.04.2020

Título original: *Der Waldsteig*
Adalbert Stifter, 1845
Traducción: Carlos d'Ors Führer

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

El sendero en el bosque

Adalbert Stifter

Traduccion del alemán a cargo de
Carlos d'Ors Führer

epublibre

1

Tengo un amigo que, aunque todavía vive y aunque entre nosotros no suele ser habitual contar historias de gente viva, me ha consentido que cuente un caso que está relacionado con él para provecho y servicio de todos aquellos que son grandes necios; quizá puedan éstos sacar algún beneficio del relato.

Mi amigo, al que nosotros llamábamos Tiburius Kneight, posee ahora en esta parte de nuestra tierra la casa de campo más humilde que se pueda imaginar. Alrededor de su casa tiene las más esplendorosas flores y árboles frutales que uno pueda soñar. Su bella esposa es la mejor que pueda existir en el mundo. Viene conviviendo, de un tiempo a esta parte, con esta mujer en su casa de labranza. Mantiene siempre una actitud alegre y jovial y todo el mundo le quiere. Parece que no hubiera cumplido aún los veintiséis años, aunque ya pasa de los cuarenta.

Todo esto que voy a contar aquí es ni más ni menos lo que le ha sucedido a mi amigo al atravesar el sencillo sendero de un bosque. Porque hay que advertir que el señor Tiburius, de joven, era un gran mentecato; y nadie que le hubiese conocido en aquel tiempo hubiese creído que él llegaría a tomar aquel sendero. Esta historia es, ciertamente, demasiado simple; y si yo la cuento es solo para que pueda serle útil a ciertos hombres equivocados y para que puedan extraer de ella alguna utilidad.

Si alguien que conozca nuestra patria y nuestras montañas llega a leer estas líneas, reconocerá muy pronto el sendero del bosque al que me estoy refiriendo. Podrá recordar entonces los sentimientos que surgen al atravesarlo. Pero, posiblemente, a nadie le habría hecho cambiar tanto algo así como al señor Tiburius Kneight.

Ya he dicho que mi amigo había sido de joven un gran necio. Situación a la que había llegado por múltiples causas. En primer lugar por su padre, que ya había sido un mentecato memorable. Eran muchos los que contaban a Tiburius diferentes historias sobre su padre; por mi parte, mencionaré solo una que —por haber sido testigo de la misma— puedo acreditar. El padre de Tiburius Kneight tenía al principio muchos caballos que él mismo cuidaba, ensillaba y montaba. Como no estaba satisfecho con ellos y como los caballos no aprendían las instrucciones y entrenamientos que les inculcaba, echó al maestro de cuadras y vendió los animales a la décima parte de su precio. Eso para empezar. Vivió después durante todo un año en su dormitorio; dejaba allí siempre las cortinas echadas, de modo que sus débiles ojos pudieran reposar en la oscuridad. En cierta ocasión abrió la gaveta que había en un oscuro pasillo de madera —contiguo a su habitación— y, durante unos instantes, miró el camino de guijarros iluminado por el sol. Sí, no había duda: le dolían los ojos. La visión de la nieve, en particular, era para él absolutamente insoportable.

Consideraciones más amplias que estas no cabían en su mente. En el último periodo de esta fase de su vida puso en su ya oscurecida habitación un nuevo blindaje contra la ceguera y, transcurrido un año, empezó poco a poco a reñir a los médicos que le atendían. Los facultativos le recomendaban que se protegiera bien los ojos, pero él acumuló abominación e ignominia hacia toda la profesión médica, y decidió por su cuenta y riesgo que, en adelante, se trataría a sí mismo sin contar con ellos. Descorrió entonces las cortinas, abrió las ventanas y tiró abajo el pasillo de madera.

Así que, cuando el sol lucía especialmente cálido y radiante, se sentaba en el jardín sin sombrero, en medio del chorro de luz, y contemplaba el blanco muro de la casa. Fue así como padeció una inflamación en los ojos; sin embargo, cuando esta pasó, el padre de Tiburius quedó curado.

Podría seguir mencionando todavía otras muchas historias, como por ejemplo la de los muchos años en que se dedicó, muy diligentemente y con mucho éxito, al comercio de lana; pero, de repente, abandonó este

negocio sin dar ninguna explicación. Tuvo después gran cantidad de palomas, de cuyo cruce pretendía obtener plumajes de colores especiales; más tarde quiso crear una colección de cactus y… Cuento todas estas cosas para esclarecer el tipo de estirpe de la que desciende el señor Tiburius Kneight.

En segundo lugar, mencionaremos a su madre. Amaba a su hijo de un modo excesivo. Lo mantuvo siempre abrigado para que no se resfriase, no fuera a sobrevenirle una enfermedad que se lo arrebatara de su lado. Tiburius lucía siempre muy bellas camisetas de punto, medias y mangas; con sus bellas rayas rojas, aquellas camisetas le daban calor. Una modista, contratada a este efecto, se ocupaba todo el año del niño. Así que sobre su cama el muchacho tenía varias colchas de cuero; y almohadones, también de cuero. Su madre hizo instalar gruesas contraventanas de madera en su dormitorio, para protegerle de este modo de las corrientes de aire. De su alimentación se ocupaba ella misma, y nunca permitió que la servidumbre se encargara de ello. Cuando ya fue más mayor y talludito, cuando empezó a salir con sus amigos, era ella misma quien elegía su ropa. Para ocupar su imaginación y que el chico no tuviese pensamientos indeseables, le traía ella toda clase de juguetes a casa, preocupada siempre de que el siguiente superase en belleza y esplendor al anterior. Pero el muchacho manifestó pronto un trastorno que nadie, ni siquiera su madre, hubiera podido imaginar: pronto abandonó el niño todos los artilugios y juegos propios de los muchachos; prefería siempre —y nadie pudo comprender semejante rareza— los juegos con que se entretenían las niñas. Por otra parte, se hacía constantemente con el calzador de su padre, lo envolvía en finos pañales e iba de un lado a otro abrazado a ese calzador así envuelto.

En tercer lugar estaba el encargado de la granja, quien también llegó a ser un necio inigualable. Se trataba de un hombre de apariencia normal, alguien que pretendía que todo se mantuviese en la normalidad, y ello tanto si le comportaba algún perjuicio como si no. A él no le preocupaba que el muchacho no se expresara con claridad y que utilizara imágenes un tanto confusas. Y eso ocurría porque aquel encargado de la granja era de la opinión de que cada cosa debía ser expresada como a cada uno le fuera más útil, ni más ni menos.

Dado que el muchacho no podía expresarse ni como los niños ni como los escritores, a menudo hablaba como quien expide recetas médicas: cortas, enrevesadas, variopintas y de difícil comprensión. O bien guardaba silencio. O mezclaba todo en su cabeza, de manera que nadie pudiera enterarse de lo que decía. Detestaba todo conocimiento y aprendizaje, y solo alcanzaba a comprender las largas y explícitas demostraciones acerca de la utilidad, el provecho y la excelencia de las ciencias —que tanto le atormentaban— que el granjero compartía con él. Cuando tras unos días de afanosa tarea quería expresar todo lo que había aprendido, lo único que conseguía era oscuridad y confusión. Y quienes le escuchaban solo percibían un poquito de lo esencial. Por si esto fuera poco, dado que el granjero no se había unido a ninguna mujer —siguiendo el ejemplo de Tácito—, permanecía durante mucho tiempo en la casa.

En cuarto y último lugar, cabe citar a su tío materno: un comerciante rico y soltero. De él hemos de decir que vivía en la ciudad, mientras que los padres del muchacho vivían fuera, en un terreno propio. Aunque los padres del chico eran bastante ricos, no por ello dejaban de esperar que su hijo obtuviera también la herencia de aquel tío, algo que él mismo había confirmado con frecuencia. Quizá por ello, aquel tío materno decidió asumir la tarea de educar al muchacho. Se ciñó a la realidad práctica, explicándole con claridad —cuando salía de casa para visitar a su hermana, por ejemplo— lo que debía hacer para que los pantalones se le rompieran lo menos posible. Tiburius, sin embargo, nunca le hizo el menor caso.

Antes de proseguir esta historia, debo decir también que mi amigo, lamentablemente, no se llamaba en realidad *Tiburius*. Su nombre era *Theodor* y, conforme fue creciendo, quiso poner este nombre —«*Theodor Kneight*»— en grandes caracteres para firmar sus deberes escolares. Pretendía asimismo que cuando se hiciera mayor, viajase y se alojase en un hotel, consignaría en los libros de registro: «*Theodor Kneight*»; pretendía también que en todas las cartas que recibiese, pudiera leerse: «*Al Excelentísimo Señor Theodor Kneight*». Pero de nada sirvieron todos estos deseos, pues todo el mundo le llamó siempre «*Tiburius*». Todavía más: la mayor parte de los extranjeros que pasaban por la ciudad creían que la bella casa de campo de los Kneight, situada a las afueras, en la calle del Norte, pertenecía al *señor Tiburius*. El nombre de «*Tiburius*», aunque no aparece en calendario alguno suena característico y como para alguien importante.

El muchacho se mostraba con frecuencia pensativo y absorto y, en su distracción, hacía cosas que motivaban a la risa. Así por ejemplo, cuando quería buscar algo en los cajones altos de los armarios de la ropa, colocaba distraídamente… ¡su tamborcito!, como taburete. O cuando cepillaba su gorra para salir a pasear, dejaba luego esa gorra en casa y se iba con el cepillo. O cuando se le ocurría limpiarse sus zapatos

en el felpudo de la puerta antes de salir los días en que fuera hacía un tiempo espantoso.

Lo del nombre «Tiburius» aconteció así: un día, estando sentado junto al bancal de verduras, mientras hablaba con los gatos y escarabajos, su tío empezó a llamarle así: «¡Oho!», dijo, «señor Theodor, señor Turbulor, señor Tiburius, ¡Tiburius!». Y con este nombre se quedó. Por resultar más sonoro que el auténtico, los demás fueron utilizándolo también poco a poco, hasta que se introdujo por completo en la familia. De ahí, inadvertidamente, pasó a los vecinos, y de éstos se fue extendiendo por toda la región, donde el muchacho —por poseer una rica herencia— era muy conocido. El nombre arraigó finalmente hasta adentrarse en las más distantes cabañas del bosque.

Y, como suele suceder cuando a alguien se le aplica un sobrenombre poco habitual y hasta gracioso, ningún ser viviente le llamaba ya por su verdadero nombre de pila, sino solo con este simpático apodo.

Sucedió también que la gente comenzó a llamarle «*señor Tiburius*»; de manera que la mayoría creía que no se llamaba de otro modo. El apodo arraigó de tal forma que no hubiera sido posible suprimirlo o borrarlo, y ello aun cuando el verdadero nombre hubiese estado escrito con letras de oro por todos los rincones de la región.

Tiburius fue creciendo bajo el influjo de sus educadores. No se podía prever lo que llegaría a ser, puesto que no exteriorizaba mucho su manera de ser ni de pensar. Bajo los signos externos de su educación, solo se percibía la acción de los educadores, pero no el poso que iba quedando en el muchacho.

Cuando casi llegó a ser un hombre, desaparecieron uno tras otro y en poco tiempo todos sus educadores. Primero murió el padre y, muy poco tiempo después, la madre. El encargado de la granja, por otra parte, entró a vivir en un monasterio. Y al último que perdió, en fin, fue a su tío. Por parte de su padre heredó las propiedades de la familia; por la de la madre, la dote que ella había aportado en su matrimonio; por la del tío, por último, todo lo que este había ganado en treinta años de trabajo en su negocio. Se había retirado poco antes de morir y había vendido su negocio, prefiriendo vivir desde entonces únicamente de las rentas. Pero apenas pudo disfrutarlas, pues murió muy pronto; y fueron esas rentas las que entonces pasaron a manos de Tiburius.

Por tales circunstancias, Tiburius se convirtió en un hombre muy rico; rico en dinero «contante y sonante». Sus intereses fructificaron por ello sin el menor esfuerzo y pudo disfrutar y gastar sus bienes confiadamente. Se limitó a esperar, con toda tranquilidad, el tiempo de su decrepitud. En la propiedad que había recibido de su padre habitaba entonces, y desde tiempos inmemoriales, un antiguo servidor que administraba la misma con gran acierto.

La mayoría de las veces obtenía de ello pingües beneficios que, naturalmente, acrecentaban las riquezas del señor Tiburius. El propio Tiburius, único miembro de la familia Kneight que quedaba con vida y sin otra ocupación que la de consumir y disfrutar de sus elevados ingresos, era consciente de todo esto. Todos los que hasta entonces habían estado a su lado ya habían desaparecido; ahora estaba completamente solo.

Por ser estas circunstancias conocidas en toda la vecindad, había muchas muchachas que hubiesen deseado casarse con el señor Tiburius. Él no lo ignoraba, pero temía al matrimonio y de ninguna manera quiso casarse por aquel entonces. Prefirió, por el contrario, gozar de sus riquezas únicamente para sí. Al principio adquirió muchos objetos, procurando que fueran bellos. Se hizo luego con bellos trajes de lino y paño, así como cortinas, alfombras, cojines y demás tejidos, con los que fue decorando su casa. Por último se hizo con todo aquello que era considerado apetitoso y gustoso —sea para comer o beber—, guardándolo en su despensa para disponer de ello siempre y en abundancia. Y así vivió Tiburius, entre todas estas cosas, durante largo tiempo.

En el transcurso de este tiempo, Tiburius comenzó a aprender a tocar el violín y, una vez que hubo aprendido, lo tocaba siempre, durante todo el día. Solo se preocupaba de que las piezas que interpretaba no fueran demasiado difíciles, pues en ese caso no podía tocar sin equivocarse. Cuando dejó de tocar el violín para siempre, empezó a pintar al óleo. En la vivienda que se había hecho edificar en sus terrenos, colgaban sus cuadros, y ordenó que se les pusieran marcos muy bellos y dorados. Algunos no llegaría a acabarlos, de modo que los colores se secaron en las numerosas paletas que poseía.

Entretanto sucedieron otras cosas y surgieron otros muchos asuntos que contar.

El señor Tiburius leía en los periódicos muy ávidamente los catálogos de libros, deslizando sus ojos por aquellos índices; pasaba luego muchas horas leyendo los libros que escogía de aquellos índices. Para leer se hizo construir un precioso y amplio lecho de cuero, en donde podía echarse; pero también disponía a este efecto de un sillón orejero. Aunque para ello podía estar igualmente de pie, delante de un atril que se subía o bajaba a su capricho, de modo que pudiera sentarse cuando le apeteciera sin tener que permanecer de pie todo el tiempo.

Poseía en su casa una colección de retratos de hombres famosos, enmarcados en llamativos marcos negros —todos iguales— que adornaban las paredes. Poseía de igual modo una colección de pipas de fumar que, si bien colocó al principio en las múltiples mesitas que había en la casa, terminó por exponer en bellas urnas de cristal. Había forros, estuches de puros, pitilleras, cajas de tabaco, encendedores…, y todos ellos muy costosamente repujados y decorados. Y hasta se hizo traer un dogo de piel de cuero desde Inglaterra, que luego colocó en la habitación del sirviente.

Cuatro caballos estaban a su exclusivo servicio, por si salía y los necesitaba; entre ellos había dos corceles grises que eran una verdadera maravilla. El cochero los quería muchísimo y los cuidaba con esmero.

Se acumulaban muchos asuntos en qué ocuparse. El nuevo asiento reclinable, por ejemplo, no podía ser colocado en ninguna parte, puesto que los antiguos sillones ocupaban todavía su lugar. Las nuevas cajas de tabaco, muy bellamente decoradas y que él había encargado expresamente, no podían ser guardadas en sus arcas: no había lugar donde colocarlas, así que el señor Tiburius las puso en los bolsillos grandes de sus doce batas de dormir. Pero los códigos y claves para abrirlas eran tantos que, cada vez que quería coger una —cuando se le agotaba su reserva de tabaco— le tenía que pedir ayuda al servicio.

A veces, en los bellos atardeceres de verano, cuando miraba al patio a través del cristal de su ventana bien cerrada y veía llegar a sus criados con un carro de heno o de gavillas, sentía envidia —y con razón— de toda esa gente que vivía a la buena de Dios, en su ruda y frívola vida, sin preocuparse de nada y agitando los rastrillos y las mangas de sus camisas.

Finalmente se dio cuenta de que estaba enfermo. Sentía cosas extrañas, tales como temblores en los miembros, pestañeo de los ojos y, en fin, insomnio. Pero además de todo eso, había también algo insólito. Cuando al anochecer regresaba a su casa —tras un paseo—, veía una misteriosa sombra —como de un gatito— que le acompañaba cada vez que subía la escalera. Aquello, ineludiblemente y sin excepción, le ocurría solo en la escalera; en ningún otro lugar. Y esto era algo que le atacaba los nervios extremadamente. Había leído más que de sobra; tenía libros en los que se hablaba de la antigua y de la nueva sabiduría; pero lo que veían dos ojos corporales —pensaba— tenía que tener visos de veracidad.

Cuanto más incrédula era la gente con quien vivía y a quien había relatado su visión, con mayor seriedad y serenidad lo afirmaba él. E incluso se reía de ellos cuando no le entendían. De cualquier forma —por precaución—, no volvió a llegar a casa al anochecer nunca más.

Después de cierto tiempo, dejó de salir de su casa y se dedicaba a caminar alrededor de su habitación y por los pasillos con las pantuflas de cuero amarillo. En aquella época cayó también en la cuenta de que había compuesto un tomo de poesías que —no sin prudencia— escondió bajo su cama, de modo que nadie pudiese dar con él. Estaba siempre muy atento al personal de servicio, de manera que cada una de sus órdenes fuera fielmente cumplida. Conviene recalcar que, durante el tiempo que permanecieron junto a él, Tiburius estuvo siempre pendiente de sus servidores.

Al final acabó no solo por no salir de su casa, sino ni tan siquiera de su propio cuarto. Hizo llevar un gran espejo de pie hasta allí y, con frecuencia, contemplaba su figura. Unicamente salía de su habitación por las noches, y entonces solo para irse a su dormitorio —que se hallaba junto a su cuarto— para descansar. Cuando eventualmente recibía alguna visita —procedente de tierras lejanas o de la ciudad—, solía mostrarse impaciente durante la misma; enseguida quería que se fuera, y casi llegaba a echar al visitante, cerrando la puerta detrás de él.

Llegó a tener muy mal aspecto; enseguida tuvo incluso arrugas. Andaba de un lado a otro, sin afeitar, con el pelo desgreñado y con una bata de dormir que rodeaba su cuerpo como un cilicio. Se burlaba del interés y la insistencia de sus amigos en visitarle, si bien no pudo evitar que cada vez fuera más gente a verle. Aunque los consideraba estúpidos y pensaba que lo mejor sería en realidad que no aparecieran en su casa en absoluto y nunca más, no sabía cómo despedirles. Pero al final esto mismo terminó por suceder y, en consecuencia, nadie acudió ya más a visitarle.

Entonces más que nunca hubiera podido compararse a este hombre con una torre aislada. Tanto, que incluso las golondrinas y los pájaros-carpintero, que antaño revoloteaban en esos contornos por todas partes acabaron por abandonarle. Así que el bullicio desapareció y la torre permaneció solitaria. Hay que decir que el señor Tiburius se encontraba realmente satisfecho de esta situación y que, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se frotaba las manos de felicidad. Ahora podía caminar por toda la casa sin ser molestado, y eso era algo que él había deseado con frecuencia y que, hasta entonces, nunca había conseguido del todo.

Aunque su enfermedad se mostraba presente y activa, Tiburius no había hecho nada al respecto; ni tan siquiera había mandado venir al médico. Pero algo le hizo cambiar, pues de repente decidió cuidarse y tratarse debidamente. El anciano criado, que hasta entonces había regido la administración de la propiedad, tuvo que ocuparse a partir de ese día de todo su vestuario; el capataz cuidó de los utensilios, las herramientas y la maquinaria; el administrador, en fin, del patrimonio. Así que a él, el dueño, no le quedaba otra ocupación que la de tratar de curarse.

Para conseguir plenamente su objetivo, enseguida procuró hacerse con todos los libros que, de un modo u otro, tratasen sobre el cuerpo humano. Fue rasgando las páginas con el abrecartas y ordenándolos en grupos, según el orden en que deseaba leerlos. Los primeros fueron, naturalmente, los que trataban sobre la naturaleza y estructura del cuerpo humano. Pero de todos ellos apenas pudo sacar provecho. Tan pronto como llegó al capítulo de las enfermedades, le quedó muy claro que todos los aspectos que allí se describían le cuadraban a la perfección. Aún más, ciertos indicios que él no había observado antes en su cuerpo, los encontró clara y expresamente reconocibles en sí mismo una vez que hubo leído ciertos libros. Ni siquiera comprendía cómo se le habían escapado antes y no los había advertido. Todos los autores que leyó describían su enfermedad, si bien es cierto que no todos le daban la misma denominación. La diferencia radicaba en que cada uno de los libros que iba leyendo trataba el asunto de forma más clara y nítida que el anterior. Dado que el trabajo que se había propuesto era inabarcable, este asunto le mantuvo ocupado durante largo tiempo. No tenía otra ilusión —si es que esto puede denominarse así— que entregarse a la lectura, y ello con extraordinaria e increíble fidelidad. Se estuvo tratando durante tres años, pero algunas veces se sentía obligado a cambiar él mismo el tratamiento, convencido como estaba de que poco a poco iba consiguiendo un mejor conocimiento de su enfermedad y podía automedicarse. Al final, sin embargo, se puso tan grave que por un momento sintió padecer al mismo tiempo todas las enfermedades.

Podríamos señalar algunas: la respiración entrecortada, por ejemplo. Siguiendo la prescripción de un libro, un día de verano salió a caminar al jardín. Mientras caminaba, empezó a cansarse y a acalorarse; le latían fuertemente las sienes, a veces la derecha y a veces la izquierda. Desde ese día, cuando no le zumbaba la cabeza —como si le revolotearan mosquitos alrededor— sentía una fuerte presión en el pecho o le dolía el brazo. Tenía frecuentes escalofríos y le temblaban las piernas —síntomas propios de las enfermedades nerviosas—, así como mareos repentinos, lo que indicaba una dilatación de los vasos sanguíneos y otras tantas cosas más. Ya no podía sentir verdadera hambre, o no al menos como la sentía en su niñez, sino que experimentaba a todas horas un irreprimible y falso deseo de comer.

Tal era más o menos la situación en que se encontraba el señor Tiburius. Algunos sentían compasión de él y hasta hubo alguna abuelita que llegó a decir que no duraría mucho tiempo. Pero él siguió padeciendo esta situación enfermiza y, finalmente, no se habló más de él: por supuesto que no llegó a morirse, así que las cosas terminaron por aceptarse tal como eran. Él era así. Se hablaba de él como de alguien muy especial que tenía siempre algo extraño, como si tuviese bocio, el cuello torcido o unos horribles ojos bizcos. Cuando alguien pasaba frente a su casa de campo y veía las ventanas cerradas herméticamente, miraba hacia arriba y se preguntaba cómo podía aquel hombre gozar de sus bienes —los que tuviese— siendo como era una persona tan perturbada.

El aburrimiento y la soledad habían extendido sus amplias banderas sobre las posesiones del señor Tiburius, mientras que en su jardín crecían las mismas hierbas curativas que él había ordenado plantar mucho tiempo atrás. Y hasta un viejo bromista llegó a asegurar que las gallinas que había en el interior de su granja cacareaban con mayor tristeza que nunca.

Hasta aquí hemos narrado las tribulaciones del señor Tiburius. Ahora vamos a pasar a otros

acontecimientos más gratos, en los que comprobaremos cómo consiguió salir de ese abismo en que se hallaba. Narraremos todo lo que sucedió después y que ya hemos apuntado, y con tanto énfasis, al comienzo de nuestra historia.

Había un hombre en la región del que la gente decía que estaba igualmente loco. De este hombre surgió de repente el rumor de que trataba clínicamente al señor Tiburius. Aquel hombre era, en cualquier caso, un doctor en medicina; pero pese a que muchos habían visto su certificado de médico, la verdad es que no curaba nada. El caso es que este médico llegó un día a estos parajes. Poseía este doctor una pobre casa labriega, cuyo propietario anterior había caído en la ruina. La compró junto con el jardín, los campos y las praderas de alrededor, y la rehízo, construyéndose una vivienda modesta. Se dedicaba al cultivo de la tierra y de la fruta. Si alguien que tuviese algún mal acudía a él, aquel hombre no le recetaba ningún medicamento sino que le despedía, no sin antes recomendarle trabajar mucho, una mejor alimentación que la que había tenido hasta entonces y abrir siempre de par en par las ventanas de su casa. Dado que la gente veía que este hombre ejercía la profesión de médico con una simpleza necia, y dado que en vez de remedios recetaba únicamente consejos naturales, nadie acudió ya más a él y le dejaron estar. Detrás de su casa había un campo repleto de árboles delgados como cañas, que él cuidaba mucho. En una construcción acristalada había también plantas con verdes y relucientes hojas, pero nadie las había visto nunca.

Así como un loco atrae a otro, según dice la gente, don Tiburius fue el único hombre que depositó su confianza en este doctor. Y fue en él en quien buscó remedio. En realidad esto no fue del todo así, sino de la manera que paso a explicar: dado que Tiburius se interesaba por todo lo que concernía a la medicación y la ciencia médica, su gente juzgó que le harían un favor si le daban noticia del nuevo doctor que había comprado la casa en el cruce de caminos y que allí se dedicaba a labrar. El mayordomo del señor Tiburius habló de ello un par de veces, pero su amo no le prestó especial atención. Pero como los designios del cielo son a veces inescrutables —para que se cumpla así el destino de un hombre—, así sucedió también en este caso. Aconteció que el señor Tiburius fue a consultar un día un pasaje de una antigua e ilustre enciclopedia, llamada el *Haller*[1] y vio que contenía una contradicción manifiesta. Por una parte, según el texto citado, a Tiburius le pareció claro que él era un verdadero experto en medicina; para otras personas, sin embargo, y siguiendo ese mismo texto, la cosa no estaba tan clara y, ciertamente, resultaba discutible que Tiburius lo fuese.

En medio de estas dudas, que atribulaban a don Tiburius, este recordó repentina y nuevamente al doctor recién llegado, y ello pese a que su criado no le había vuelto a hablar de él desde hacía ya bastante tiempo. En honor a la verdad, es preciso reconocer que el señor Tiburius pensó en aquel hombre precisamente porque las gentes le consideraban un loco. Y si este hombre le resultaba digno de especial atención fue porque don Tiburius tenía una visión muy particular de lo que era la locura.

Y es que, cuando personas como el señor Tiburius tienen determinadas ideas, no hay quien les saque de ellas. Esta viva curiosidad debió de permanecer en la mente del señor Tiburius durante unos días hasta que, de repente, un buen día decidió enganchar los caballos a su carruaje —olvidado desde hacía ya mucho tiempo— y visitar al doctor en su casa de un paraje llamado Querleithen. Debido a su grave enfermedad, sus vecinos se admiraron de que pudiese salir al aire libre y soportar el traqueteo del carruaje; al fin y al cabo, él era suficientemente rico como para hacer venir a ese doctor a su casa. Y a diez más, si hubiera sido preciso.

El señor Tiburius se sentó en su carruaje, que lo condujo hacia el Querleithen, donde residía el doctor. Lo encontró trabajando duramente en el jardín, en mangas de camisa y con un ancho sombrero de paja en la cabeza. El doctor no era ni mucho menos un hombre alto; iba vestido con una ruda, desteñida y vaporosa tela de lino. Cuando vio entrar el carruaje en su jardín, dejó por un momento de trabajar y lo contempló con sus oscuros y ardientes ojos. Don Tiburius, que iba vestido con un grueso traje —para así protegerse del aire frío—, bajó del carruaje y se dirigió al hombre que le aguardaba. Cuando ya estaba cerca de él, en la vereda del jardín, le comunicó que era su vecino, que se llamaba Theodor Kneight y que se interesaba mucho por las ciencias, especialmente por la medicina. A continuación le contó que unas semanas atrás había encontrado, en uno de los tomos del *Haller*, un pasaje cuyo alcance, pese a sus esfuerzos, no había podido comprender del todo. Y es por eso que había acudido a un hombre como él, que tenía fama de ser experto en estos asuntos. Por ello, le solicitaba que le concediese algunos minutos de su tiempo. Tal vez pudiera darle una explicación convincente sobre aquel asunto.

Ante esta petición, el bajito doctor respondió que él no leía en modo alguno publicaciones antiguas

como el *Haller*, que ya no ejercía la medicina en absoluto y, en fin, que solo era capaz de dar algún remedio seguro en contadas ocasiones. También le advirtió que solo se atrevía a dar a sus pacientes remedios meramente naturales, de forma que fuera el paciente mismo quien se prescribiera y llevase una vida lo más útil y sana posible para su cuerpo. Precisamente por esta razón —dijo también—, él mismo había abandonado la capital y se había retirado al campo. Aquí, lejos, podía llevar una vida mucho más sana y alcanzar una edad mucho más avanzada, dentro naturalmente de las posibilidades que su constitución corporal le permitiesen. En todo caso —continuó—, si su señor vecino tenía a mano el *Haller*, consultaría el pasaje en cuestión e intentaría deducir del mismo lo que le fuera posible.

Tras esta conversación, don Tiburius se dirigió a su carruaje, sacó el *Haller* de un bolsillo y regresó con el mismo junto al pequeño doctor. Este condujo a su vecino a un invernadero, y allí permanecieron ambos un buen rato. Cuando salieron del recinto, el señor Tiburius se sentía muy satisfecho de que aquel extraño doctor dijera y pensara de aquel pasaje del *Haller* lo mismo que él. Tras cerrar este asunto, el doctor dijo a don Tiburius que él tenía una muy bella y joven esposa y que, según una costumbre generalizada entre vecinos, al menos durante su primera visita, lo obligado era que le presentara a la señora de la casa. También le comentó que no sabía si a su esposa le molestaría ahora recibirle, puesto que, entre sus principios fundamentales, estaba el de que tanto él como su esposa debían sentirse completamente libres en las cuestiones relativas al matrimonio. Por eso mismo, tendría que consultarle primero a ella para que, cuando volviese a su casa, él supiera si podía presentarle o no a su mujer.

A todo esto Tiburius respondió que, por lo que a él se refería, la razón de su visita era el *Haller* y que, como este asunto ya estaba resuelto, todo estaba bien así. Sin hacer caso de este comentario, el doctor le mostró brevemente sus posesiones: el invernadero de las camelias y dónde cultivaba sus rododendros, sus azaleas, sus verbenas, sus brezos y demás plantas, así como dónde mezclaba y quemaba la tierra. En lo que se refiere a los frutos y otras cuestiones, no había mucho que ver.

A continuación subió Tiburius a su carruaje y partió.

El doctor tenía un artilugio de madera, cuyos badajos tableteaban fuertemente. Haciéndolo sonar, llamaba a las personas que estaban a su servicio —dispersas en diferentes ocupaciones—, para comer, trabajar o para informarlas de cualquier asunto. Cuando el señor Tiburius comenzaba a descender la cuesta del Querleithen, escuchó el sonido de aquel artilugio. Sabía ya lo que significaba: aquel extravagante doctor había puesto al personal de servicio nuevamente a su disposición.

Pasado algún tiempo, don Tiburius acudió a visitar de nuevo a este hombrecillo y, posteriormente, lo hizo cada vez más a menudo, bien fuera porque se había convertido en una reiterada costumbre —que no deseaba abandonar—, bien porque quisiera aprender algo del facultativo.

Algunas veces se veía a estos dos hombres —que la gente tomaba por «locos»— juntos en el jardín: uno con un sombrero de paja y una ruda vestimenta de lino, por cuyas aberturas penetraba el viento, que acariciaba su cuerpo; el otro con una gorra de fieltro que le cubría hasta las orejas, y con una larga bata —atada por encima del traje— que le llegaba casi hasta el suelo y que dejaba ver, bajo la barbilla, una bufanda bien anudada, para que así su cuello estuviera calentito. Calzaba grandes y largas botas, bajo las cuales se cubría los pies con calcetines de doble espesor, de modo que no se enfriaran.

Durante aquellas visitas, el doctor nunca le dijo nada sobre lo de presentarle a su esposa. Pero tampoco el señor Tiburius se lo demandó jamás.

Puesto que el señor Tiburius no visitaba a nadie salvo al doctor, y dado que no salía de su cuarto más que para dirigirse a su casa, la gente comenzó a pensar —como es natural— que aquel doctor tan chiflado estaba tratando médicamente a Tiburius. De igual modo, la gente pensaba que ambos habrían ideado remedios extraordinarios y secretos, puesto que siempre andaban juntos muy cerca el uno del otro, como si fueran haciéndose misteriosas confidencias.

A veces la sagacidad del pueblo extrae alguna esencia de verdad de los exagerados e infundados rumores que le llegan, y así sucedió también en este caso. Sí, la idea de que Tiburius encontraría una mujer en el balneario terminó teniendo efecto. Y, como consecuencia, don Tiburius cambió radicalmente de vida del mismo modo que la oruga —tras vivir colgada y tendida en una hoja—, se levanta de repente un día y muda de piel, repleta hasta entonces de negras y repugnantes espinas. Y es que en las antenas y el tubérculo de su cuerpecito se hallan ya atrapadas las coloreadas, relucientes y brillantes alas futuras.

Un día don Tiburius preguntó repentinamente al doctor algo que, seguramente, le rondaba en la cabeza desde hacía tiempo:

—Mi muy distinguido doctor, ¿podría usted revelarme ahora algo que usted mismo afirmó, hace ya cinco largas semanas, que me diría? Dado que declaró que solo podía dar remedios con seguridad y autenticidad en contadas ocasiones, ¿no sería por casualidad mi propio caso una de esas contadas ocasiones?

—Desde luego, mi distinguido señor Tiburius —respondió el doctor.

—Así pues, por el amor de Dios, se lo suplico: hable usted —dijo don Tiburius.

—Usted debe casarse, pero antes debe usted acudir a un balneario en donde seguramente encontrará la esposa que necesita.

Esto era demasiado para don Tiburius.

Apretó los labios y preguntó con incrédula y burlona sonrisa:

—¿Y a qué balneario se supone que debo acudir?

—Esto es, en su caso, claramente indiferente —replicó el doctor—. Cualquier balneario de montaña puede ser perfecto. Acaso en nuestras tierras septentrionales, adonde va ahora tanta gente. Tíos, tías, padres, madres, abuelas, abuelos…: todos acuden allí con muchachas muy jóvenes, y de seguro que habrá allí alguna que le agrade a usted.

—Bueno, si usted me ofrece con tanta seguridad este remedio, ¿cuál es entonces exactamente mi caso?

—Esto no se lo puedo decir —respondió el doctor—, porque si usted lo supiera ya no le ayudaría ningún remedio. O bien no aceptaría ninguno. O no necesitaría remedio alguno porque se curaría enseguida.

Don Tiburius no siguió preguntando ni dijo una sola palabra más, sino que se limitó a dirigirse lentamente a su carruaje y partió de allí.

«El chiflado del doctor tiene razón», se dijo para sus adentros cuando subía al carruaje. «No en lo de que debo casarme, (eso es una necedad), pero sí en lo de ir a un balneario. ¡Un balneario! Esto es lo único en lo que todavía no había caído; me parece incomprensible no haber pensado en ello hasta ahora. Voy a consultar inmediatamente todos los libros que hablen de balnearios para poder elegir cuál de todos ellos, en nuestra región, se ajusta más a mis propósitos».

Y durante el camino le dio vueltas a esta idea.

El doctor había excitado notablemente la mente de don Tiburius. Y también en lo de casarse tuvo forzosamente que haber pensado, puesto que aquel día se recortó la barba —que descuidadamente se había dejado crecer—. Se la recortó discretamente, quedándole muy regular y perfecta. Después se colocó frente a un espejo y se miró detenidamente con coquetería. «No, no», se dijo para sí, «esto no tiene ningún sentido y, además, no puede ser».

A pesar de todo, hizo que esa misma noche le trajeran un buen dentífrico de la ciudad. Frente al espejo había observado que, por lo que se refería a la limpieza de sus dientes, los tenía en gran medida bastante abandonados.

Por lo que atañe al balneario, a la mañana siguiente, temprano, comenzó a buscar con toda seriedad los establecimientos más adecuados. Escribió a la ciudad para que le informaran de todos los libros que trataran sobre balnearios, y decidir a cuál de ellos iría. Pensó que ya se ocuparía después de todo lo demás. La sola idea de ir a un balneario le había atrapado de tal modo que suspendió su rutina diaria. Consultó todos los libros posibles, pero no —como cabría pensar— para acudir el próximo verano, sino que decidió que partiría al balneario elegido, como le había recomendado el doctor, lo antes posible. Lo primero que hizo fue mandar que preparasen un carruaje para que estuviese listo para viajar. Su personal de servicio se sorprendió ante semejante orden, pero obraron en consecuencia y obedecieron. Tiburius no había necesitado en su vida un carruaje de viaje, puesto que nunca había salido de sus posesiones, salvo para ir a la ciudad. Por eso la gente que vivía en su casa creía que había terminado finalmente por volverse loco de remate; o que acaso estuviera en vías de curación.

Sacaron al patio el carruaje del lugar donde estaba guardado y lo revisaron a fondo para ver si estaba en perfecto estado. A continuación, lo aprovisionaron con todo lo que un viajero como el señor Tiburius pudiera necesitar para el camino. A este efecto, Tiburius mandó traer todos los libros que trataban sobre el balneario que había elegido, pues decidió llevarlos consigo y leerlos durante el camino. Después escribió él mismo en un pliego lo que tenían que llevar consigo los criados que le acompañaran. Entre todas esas cosas figuraban sus caballos grises y su coche de paseo, que debían ir delante para que pudiera tenerlos enseguida a mano.

Finalmente, dispuso los trajes necesarios, cojines de asiento y otros utensilios. Realizó todo esto con una

destreza considerable. Al doctor, a quien había visitado en el transcurso de este tiempo dos veces, no le dijo ni la más mínima palabra; y él mismo parecía haber olvidado completamente la conversación sobre el balneario.

2

Unos días después, llegaron una mañana a la propiedad del señor Tiburius cuatro cocheros, quienes —para asombro de toda la gente de los alrededores— le metieron en su carruaje de viaje y partieron de la hacienda.

No me voy a entretener ahora con la descripción de su viaje, puesto que esto no concierne al propósito de estas líneas. Sí debo decir, no obstante, que a don Tiburius se le figuró que había hecho miles y miles de millas, puesto que había viajado durante tres días seguidos.

En la tarde de ese tercer día, cuando reinaba un increíble bochorno de verano, se dirigió por un largo y estrecho valle de montaña a una bella pradera verde, donde corría rumorosa y clara agua cristalina. Cuando el valle se ensanchó, vieron ascender una blanca nube de vapor desde una gran cabaña. El criado le dijo a don Tiburius que aquel era un vapor que procedía del agua salina y que se evaporaba desde la residencia balnearia. En consecuencia, pronto llegarían a su destino.

En cuanto el criado terminó de pronunciar aquellas palabras, el carruaje herméticamente cerrado de don Tiburius comenzó a atravesar las callejas del balneario. El lugar estaba en completo silencio. Debido al fuerte bochorno reinante, nadie estaba fuera, las articuladas contraventanas estaban cerradas y las cortinas echadas. Lo único que hubieran podido ver era un par de ojos que, a través de una hendidura, miraban al exterior para observar quién había llegado.

Don Tiburius fue hasta el patio de la hospedería, donde su criado —mediante un escrito— había reservado una habitación pequeña. Bajó del carruaje y fue acompañado hasta esa pequeña habitación. Se sentó luego ante una mesilla pintada con rayas amarillas que allí había. Sus criados y la gente del servicio del hostal estaban ocupados en sacar las cosas del carruaje para llevarlas dentro.

Don Tiburius podía afirmar, finalmente tranquilo, que había llegado a su meta. En el irónico comentario del pequeño doctor no faltaba un ápice de verdad. Cuando estaba al aire libre, viajando por la llanura, el señor Tiburius había llegado a pensar que podría fallecer en el camino. ¡Tan agotador le estaba resultando aquel viaje! También pensó entonces que, en cuanto llegase, todo iría estupendamente; pues bien, ya había llegado y allí estaba, sentado ante una mesita. La servidumbre llenó casi completamente la habitación con todo lo que había en el carruaje. A través de las verdes tablas de las contraventanas podía divisar las aromáticas y escarpadas pendientes de la montaña. Tiburius, casi embriagado, colocó sus artículos de viaje en orden. Frente a él estaban los interminables campos, praderas y jardines que poco antes había atravesado en su carruaje; también todas las casas y torres de iglesias por las que había pasado.

Después se extendían las montañas —cercanas desde donde se encontraba—, en cuyas cumbres había un lago grande y verde. El resplandor del sol, sobre las montañas, era terrible.

Don Tiburius se reprochó pensar en todo esto, pues lo que ahora resultaba más necesario era detenerse en asuntos completamente diferentes, tales como que su habitación estuviese adecuadamente preparada para su enfermedad, que se llamase enseguida al médico del balneario, que trabasen conocimiento y que entre ambos trazaran un plan de curación para llevarlo inmediatamente a cabo. Tenía ante todo que hacerse traer a su cuarto una mesa más grande, para así poder colocar los montones de libros que su criado ya había desempaquetado. Como primera medida, cortaría las páginas con el abrecartas y comenzaría a leerlos. Acto seguido tendría que colocar la cama —que había traído desmontada consigo— en una habitación contigua que lindaba con su dormitorio y que era más pequeña. La estructura de acero fue instalada en un rincón, de modo que pudiese ventilarse con facilidad. Tras esto, fueron atornilladas las

partes de un biombo español, recubierto con su correspondiente tela de seda (en la que figuraban innumerables figuras chinescas de color rojo). Alrededor del cuarto había tantas fundas de abrigo, baúles y maletas de cuero, que el dueño tuvo que conseguir otro armario supletorio —que se hallaba en el cuarto donde dormían los criados—. Allí se podrían guardar las mudas blancas, las batas de dormir y los pijamas, además de los trajes. Por último, había que colocar los guarneces, para proteger las fugas de las ventanas y puertas; luego, llevar las maletas de cuero —ya vacías— y los baúles al maletero del carruaje.

Cuando todo esto estuvo en orden, don Tiburius mandó llamar al médico del balneario. El asunto no podía demorarse, pues no era seguro que no hubiera cogido alguna enfermedad maligna a consecuencia del mucho traqueteo y movimiento del largo viaje. El médico del balneario no estaba en su casa, y no hubo manera de encontrarlo. Así que Don Tiburius tuvo que aguardar hasta la noche. Se sentó por ello largo tiempo en su cuarto y esperó. Por la noche vino efectivamente el médico, de modo que ambos charlaron durante más de una hora y establecieron todo lo esencial del plan de cura que debería seguirse.

A la mañana siguiente, don Tiburius comenzó a poner en marcha el plan. De hecho, se le vio aparecer y desaparecer tras los establecimientos del balneario vestido con un largo batín gris. En uno de los manantiales tomó su primer baño. Más tarde se le pudo ver untándose cremas de leche en el cuerpo, así como tomando el sol, bien sentado o bien caminando. Y así lo hacía cada día, dispuesto a llegar tan lejos como su propósito de sanar lo requiriese.

Para cumplir con el necesario movimiento prescrito por el médico, tramó su propio sistema; a saber: condujo sus blancos corceles por la calle que conducía hasta lo más profundo de la montaña. Caminó con ellos un trecho hasta que llegó a una gran roca, que había descubierto ya desde el primer día. Junto a aquella gran piedra, había un terreno de tierra seca, considerablemente grande y recubierto con arena firme. En este lugar descendió y se puso a caminar de acá para allá, reloj en mano, para cumplir con el tiempo de movimiento establecido. Después se volvía a sentar y, al cabo, retornaba a la hospedería. Las gentes que se reunían en el balneario aprendieron a conocerle pronto; murmuraban entre sí que era el caballero que había llegado recientemente en el carruaje cerrado.

En realidad, el período de baños estaba ya bastante avanzado. Sin embargo, dado que en estos valles montañosos aquellos meses de verano habían sido los más calurosos, secos y prolongados de los últimos años, todavía podía verse por allí una gran afluencia de flamantes y selectos visitantes. Entre ellos, había algunas jóvenes francamente bellas. Don Tiburius, que no podía deambular por las instalaciones sin encontrarse de vez en cuando con alguna, se acordaba fugazmente del presagio de boda hecho por el doctor. Pero pensaba que aquel hombre no era más que un pícaro, dedicado solo a lo que atañía directamente a su propia salud. De la pila de libros que había traído sobre balnearios leyó unos cuantos, cumpliendo de este modo a rajatabla tanto con lo que el médico le había prescrito como con lo que él mismo se había decretado.

Se hizo instalar ante su ventanal un potente anteojo, observando frecuentemente a través del mismo las extravagantes formas de las montañas que se erguían en los alrededores y que llevaban el roquedal hasta las más altas cumbres.

Lo curioso era que también aquí, tan lejos, y habiendo pasado tan poco tiempo desde que el señor Tiburius hubiese llegado, el nombre de «*Tiburius*» ya estuviera en boca de todos, y que la gente no le conociera de otro modo a pesar de que en el libro de registro figurase como Theodor Kneight y pese a que nadie le conocía de antes. Tenían que haber sido sus criados, que le llamaban en general por ese nombre, los que lo hubiesen difundido.

En el balneario había una mezcla heterogénea de gentes y familias. Se hallaba allí, por ejemplo, un anciano y paticojo conde, al que se veía por todas partes, y en cuyo ajado rostro apenas fluía un leve fulgor de la extraordinaria belleza de su hija, que le acompañaba con paciencia a todos los sitios y que caminaba silenciosamente junto a él. En un carruaje con dos fogosos caballos negros viajaban dos bellas muchachas con ojos aún más fogosos que los de los caballos; tenían sonrosadas mejillas, alrededor de las cuales ondeaban habitualmente velos verdes. Eran las hijas de una señora del balneario, que era aún más bella y que solía sentarse, envuelta en un precioso pañuelo, recostada en un carruaje.

También había un matrimonio sin hijos, acompañados siempre de una sobrina que —como bien podía apreciarse— miraba soñadora y tímidamente y que tenía bellos rizos rubios. En una de las residencias del sanatorio, salpicada con muchas ventanas, sonaban casi siempre acordes de piano. Cuando se asomaban a las ventanas para mirar fuera, o incluso desde el interior, mientras correteaban, podían distinguirse a muchas jóvenes de cabelleras rizadas.

También cabe citar a ciertos ancianos solitarios, que buscaban allí su curación y que no tenían más que un sirviente. De igual modo, había algunos solterones que habían sobrepasado la flor de la vida sin compañera. Habría que mencionar también a dos muchachas de ojos azules. Una de ellas miraba desde un apartado balcón con esos azules ojos suyos hacia los no muy lejanos bosques; la otra prefería dirigir su mirada hacia el riachuelo que corría por allí. Esta última iba a menudo, acompañando a su consumida y encorvada madre, a pasear por la orilla de aquel riachuelo. Y a veces se animaban a atravesarlo.

Podríamos citar también las bellas y enrojecidas mejillas de los hijos de un granjero, que habían llegado allí acompañados de su padre enfermo, de su madre y de una cuidadora. Y no podríamos acordarnos de todos los que venían al balneario cada año, fuera para deleitarse de la belleza del entorno o para obedecer a la moda. Todos ellos comentaban airosos la llegada de cada nuevo visitante y de los solitarios más tímidos.

Podríamos decir que Tiburius vivía entre todas estas gentes casi recatadamente. No se mezclaba nunca con nadie y, cuando se topaba con alguien (algo inevitable por sus frecuentes paseos, prescritos por el médico), gustosamente daba un rodeo para evitarlo. Las gentes hablaban de él, pues les llamaba la atención su aislamiento. Pero él ni se daba cuenta de que estaba en boca de todos, y ni tan siquiera sabía que le conocían con el nombre de Tiburius. Permaneció siempre e invariablemente en este oculto anonimato, y ello porque con el tiempo venían siempre nuevas gentes que sustituían a las anteriores.

Nos resulta imposible narrar cómo le sentó al señor Tiburius aquel tiempo en el balneario, pues jamás comentó nada a nadie al respecto. Lo único que se sabía era que continuaba bañándose cada día. Al médico le explicaba si le iba adecuadamente o no el tratamiento. Y hubiéramos podido conocer bien su situación precisar algo más sobre el éxito de sus baños si no hubiese acaecido algo que lo cambió todo. Pero imposible establecer aquí una relación de las causas que determinaron los siguientes sucesos.

Hemos mencionado anteriormente que Tiburius solía ir siempre hasta más allá de los lindes del balneario para hacer allí ejercicio, y que se detenía ante una piedra aislada de gran tamaño. Como había hecho de este itinerario un hábito, lo había realizado ya muchas veces. Un día, ya pasado cierto tiempo desde su llegada, y puesto que brillaba un cielo azul intenso sobre el valle y el día parecía muy agradable, ordenó a su cochero que continuara conduciendo su carruaje un poco más lejos que de costumbre. Contemplaba las extrañas montañas mientras que oscuros abetos y luminosas hayas, al pasar, le rozaban casi las mejillas. Imposible saber si su benevolente predisposición era consecuencia del baño que había tomado o de la extraordinariamente dulce y clara suavidad del aire —que a todos los hombres atrapa, y que a él, ciertamente, también atrapó—. Su carruaje pasó por un lugar soleado, cuyo terreno —cubierto de brezos— parecía firme. Aquel lugar estaba cercado —a modo de protección— por muros de piedra por los que ningún viento inclemente hubiera podido penetrar. El muro llegaba hasta la fronda, que atrajo inmediatamente a don Tiburius. Decidió entonces bajar del carruaje, pasear un poco por los alrededores y gozar de los suaves y rectilíneos rayos solares del mediodía.

—Voy a hacer hoy mi ejercicio de andar por aquí y no en torno a la piedra de gran tamaño —dijo entonces a su criado y a su cochero—. Vosotros esperadme aquí, en este preciso lugar, hasta que vuelva.

Tras decir aquello, Tiburius se despojó de su cazadora y, como siempre hacía, la lanzó a la parte trasera del carruaje. Descendió luego sobre el escalón que le había colocado el criado y se dirigió hacia aquel lugar seco y boscoso.

Tiburius nunca había visto un bosque por dentro. En su lugar de nacimiento había tan solo pequeños sotos, en los que ni siquiera había estado. Había observado las grandes florestas que cubrían los montes que rodeaban el balneario solo desde la ventana y a través de su telescopio. Aquí, en cambio, estaba en un verdadero bosque. Aun cuando todo lo que divisaba en su caminata no estuviera cubierto de árboles, éstos estaban tan cerca unos de otros, ocultando las colinas más próximas, que bien habría podido decirse que

Don Tiburius se encontraba en un bosque auténtico.

Todo lo que vio le encantó. Ningún ser humano se dejaba ver ni oír por aquellos parajes, y esto le resultaba muy grato. El lugar iba desde la carretera hacia el interior. Cuando el señor Tiburius había caminado toda la distancia que debía recorrer para cumplir con sus ejercicios, quiso darse la vuelta. Pero vio de pronto que, un poco más abajo, había un lugar aún más bello. A la izquierda se hallaba un muro de piedra de una altura considerable; a la derecha, en cambio, a cierta distancia, árboles altos. Por la parte de abajo había un lugar cerrado por plantaciones de árboles. Reinaba allí un silencio aún mayor, y el calor del mediodía descendía con tanta delicia sobre el muro de piedra que casi era como si se le pudiese oír murmurar de placer. Verdaderamente era muy agradable para el cuerpo estar allí, sobre todo porque —al estar ya el otoño avanzado— algunas hojas del follaje se habían teñido completamente de amarillo. El suelo estaba muy seco debido al largo tiempo que había transcurrido sin llover.

Don Tiburius decidió de inmediato que caminaría por allí y que convertiría aquel paraje en el lugar para sus ejercicios a pie. Pensó que si caminaba un poco más, recto y hacia delante, podría volver sobre sus pasos más tarde. La distancia total equivaldría a la prescrita para el tiempo que solía recorrer caminando de arriba abajo. Estaba seguro de que esto no podría serle perjudicial. El suave sol, que le deslumbraba levemente a través del choque con los riscos, le produjo tanto placer que se sintió como nuevo y rejuvenecido. Todas las cosas que contemplaba a su alrededor le resultaban nuevas; todo le gustó mucho y nunca hubiera sospechado que se habría de sentir tan a gusto y satisfecho en un bosque. Descubrió ante él un largo y ancho roquedal de piedra blanca con hierbas de todo tipo. A la izquierda del muro de piedra había más piedras todavía. Estaban rotas y eran blancas, amarillas, pardas y de todas clases. Tras ellas había matorrales de color rojizo, ramas y otros arbustos. Algunas veces se posaba alguna mariposa —de las que jamás había visto don Tiburius en su tierra natal— en una piedra, donde extendía sus brillantes alas y tomaba el sol. Alguna vez las mariposas volaban silenciosas junto a él, pero —pese a que el aire se mantenía inmóvil— inmediatamente dejaba de verlas. También advirtió don Tiburius que reinaba allí, verdaderamente, un olor muy suave y agradable. Continuó caminando. De vez en cuando sostenía los anteojos, los giraba despacio entre los dedos y se recreaba en el centelleo de la ruedecilla de oro en medio de aquel lugar, tan solitario y tranquilo. Después de un rato caminando, llegó hasta unos troncos cortados, de donde salía resina oscura. Nunca había visto nada semejante, y se detuvo. El transparente líquido manaba lentamente de la corteza; las gotitas parecían puro oro fundido, formando una membrana o película. Después continuó caminando.

Se topó frente a un macizo de azules flores de genciana, las contempló y cortó incluso algunos ramilletes. Finalmente llegó casi hasta el término del paseo que había escogido. La fronda de bosque, que a lo lejos había visto como algo cerrado y de poco arbolado, estaba compuesta por un considerable numero de árboles, bastante distanciados entre sí. Tiburius se detuvo unos momentos para contemplarla y meditar si debía penetrar o no. Las ardillas saltaban en el resplandor del mediodía; un riachuelo corría irregularmente a través de los abetos. Entre los troncos se extendían airosas y relucientes ramas otoñales, como las que don Tiburius había visto a menudo en el jardín de su casa. Antes de continuar andando, tenía que averiguar qué clase de flor blanca era la que asomaba en las puntas de los abetos lejanos; también quería saber qué aspecto tendría la nube que asomaba allá, a lo lejos, entre el verde de los árboles, preocupado de que amenazara lluvia. Sacó su anteojo de bolsillo y observó el panorama. Pero aquella blanca flor no era más que el indescriptible resplandor del sol que iluminaba con sus rayos las mismas puntas de los abetos; lo que le había parecido una nube, era un lejano monte como muchos de los que en estos parajes se extienden uno tras otro. Decidió, pues, seguir caminando, especialmente porque el muro de piedra se prolongaba y porque frente a él solo había un haya al principio y, después, tan solo unas pocas más. También podía verse un camino de tierra oscura, que invitaba, tentador, a que se adentrase en él y que se perdía ente los árboles. Mientras entraba en ese camino, Tiburius no tuvo más remedio que pensar en el pequeño y chiflado doctor, que quemaba rastrojos —como los que había en aquella tierra— para sus rododendros y brezos. Vio que aquellos brezos crecían bajo los troncos mucho más bellos allí que aquellos que cultivaba el galeno en sus tiestos. Tomó la determinación entonces de contarle todo esto al doctor cuando regresase a su casa.

Tiburius continuó caminando por aquella senda, repleta de múltiples reclamos. Algunas veces aparecían fresas como rojos corales a su lado; otras, surgían plantas de los arándanos. Entre sus brillantes hojas colgaban bolitas rojas. Los árboles parecían cada vez más oscuros y, a veces, un tronco de abedul trazaba una línea luminosa entre la arboleda. El camino era siempre igual y el paisaje que iba divisando al principio seguía siendo idéntico al que había dejado atrás. Pero poco a poco, no obstante, todo fue cambiando. La arboleda le pareció cada vez más espesa y oscura; tuvo la impresión de que de sus ramas se desprendía ahora un aire más frío. Esto hizo que don Tiburius decidiese regresar; continuar hubiera resultado tal vez

perjudicial para su salud. Sacó su reloj de bolsillo y vio, con temor, que, sin darse cuenta, había caminado más allá de lo pensado. Así que el camino de vuelta le exigiría hoy más tiempo que de ordinario.

Entonces volvió sobre sus pasos con el propósito de regresar. Caminó más aceleradamente en su retorno, puesto que ya no le interesaba contemplar los paisajes que ya conocía. Dado lo tarde que era, lo único que le preocupaba era alcanzar el carruaje lo más pronto posible. Continuó por la senda, que seguía tan oscura como a la ida, y empezó a apresurarse entre los árboles por los que le parecía que había pasado en su trayecto anterior. Cuando ya había recorrido un trecho bastante considerable, cayó en la cuenta de que todavía no había llegado al muro de piedra que se había encontrado al venir. En la ida, el muro se hallaba a su izquierda; ahora, por tanto, al darse la vuelta, debería aparecer forzosamente a su derecha. No fue así. Tiburius pensó al principio que, tal vez, al ir sumido en sus pensamientos a la ida, el camino se le habría hecho más corto; ahora, en cambio, al volver, le parecía más largo. Así que continuó caminando, si bien cada vez más apresuradamente. El muro de piedra, sin embargo, seguía sin aparecer. Sintió entonces angustia.

No comprendía cómo podía haber tantos árboles en el camino de regreso. Comenzó a ir cada vez más aprisa, y acabó por caminar desesperadamente. Según sus cálculos, tendría que haber llegado al carruaje hacía ya bastante tiempo. Pero el muro seguía sin aparecer por ninguna parte, y el bosque no parecía tener fin. Tiburius se iba desviando de la senda, tanto a izquierda como a derecha, para así encontrar la dirección y la orientación correctas. Pero la pared seguía sin aparecer ni a la derecha ni a la izquierda; ni delante ni detrás. Allí no había nada más que árboles, entre los cuales se sentía perdido: predominaban las hayas, aunque en mucho mayor número de las que le parecía haber visto a la ida; aún más, se diría que se hubiesen multiplicado. Y no pudo encontrar aquel haya que había visto en el camino de ida junto al muro de piedra.

Tiburius empezó entonces a correr (algo que no había hecho desde su niñez). Corrió un gran trecho por la senda a gran velocidad; pero la senda —que por nada del mundo deseaba abandonar— seguía siendo la misma: árboles y nada más que árboles. En un momento dado se detuvo y gritó tan fuerte como sus fuerzas y pulmones le permitían. Quizá pudiera oírle su gente y obtener respuesta. Gritó una y otra vez, esperando contestación en los intervalos. Pero no la obtuvo. El bosque entero permanecía en calma y no se movía ni una hoja. En el abundante ramaje se perdía la voz humana como una aguja en un pajar. Empezó a pensar si la dirección hacia la que él había corrido, en vez de acercarle, no le estaría alejando más de la carretera en que había dejado su carruaje. En sus múltiples intentos de búsqueda, bien habría podido desorientarse sin darse cuenta. Quiso por ello volver corriendo, ahora en la dirección adecuada. Antes de hacerlo, arrojó el ramillete de flores que todavía llevaba en sus manos y cuyo intenso azul le parecía ahora más misterioso. Echó a correr de tal modo que empezó a sudar intensamente. Una vez más no sabía si lo que ahora veía era lo mismo que lo que había visto a la ida. Cuando creía haber recorrido una distancia similar a la que había hecho antes en dirección contraria, se detuvo repentinamente para recapacitar. Gritó una vez más, pero tampoco recibió respuesta alguna. A su voz solo le seguía el silencio. Aquí el entorno era muy diferente al anterior, y todo se había vuelto extrañamente salvaje. Habían desaparecido las hayas; solo quedaban los abetos. Sus troncos se erguían cada vez más altos y poderosos. El sol estaba ya declinando y empezaba a caer la tarde. Sobre las piedras, cubiertas de musgo, se reflejaba un extraño y dorado fulgor. Innumerables riachuelos corrían por todas partes. Don Tiburius no podía negar ya que estaba totalmente metido dentro de un bosque y ¡quién sabe lo grande que podría ser! No había estado nunca en una situación así, para poder ahora resolverla. Se encontraba, pues, en un gran apuro. A ello se sumaron otros problemas. En sus idas y venidas a través del bosque, al desviarse de la senda para encontrar el muro de piedra, se le habían mojado mucho los pies. Por otro lado, estaba empapado en sudor y solo tenía una única y fina chaqueta puesta. La otra, por desgracia, la había dejado en el carruaje. No podía echarse a descansar, a pesar de las piedras tan apropiadas que había allí para ello. Además, se había dejado en el hostal el recipiente y la medicina que tenía que tomar esa misma tarde. Tuvo muy claro lo que tenía que hacer en esos momentos: en vez de caminar de acá para allá, permanecería sin apartarse de la senda y caminaría siempre en la misma dirección. Aquel camino tendría que conducir necesariamente hacia algún lugar; tendría que llevarle a aquel del que había salido. Al menos era una gran suerte que existiese una senda; un infortunio mayor habría sido sin duda haberse encontrado en esta situación en medio de un bosque sin camino alguno. Así que Don Tiburius se decidió a continuar caminando en la dirección de la senda que había tomado por última vez. Se abrochó bien la cazadora, se subió hasta arriba los botones del cuello y continuó caminando

infatigablemente. Caminando y caminando y caminando. La sudoración era ya muy abundante, la respiración se hizo entrecortada y aumentó el cansancio. Finalmente el camino ascendía montaña arriba y se convirtió en un simple sendero del bosque. Pero Tiburius, ¡ay!, no conocía en absoluto los senderos que hay en los bosque. Enormes y extraños fragmentos de piedras de todo tipo —que lo obstaculizaban con frecuencia— yacían a derecha e izquierda del camino. Algunas estaban cubiertas de musgo, de un verde variado que nunca antes había visto. Otras yacían desnudas y mostraban sus poderosas grietas y cortes.

Había allí grandes helechos, y altos y gruesos troncos de abetos se erguían sobre todos los demás elementos naturales. O yacían por el camino, aunque estaban húmedos cuando Tiburius los cogía. Durante un trecho el camino estaba formado por pequeños leños atravesados; algunas veces casi flotaban en el agua y, a cada paso, se removían o rodaban. Después se topó con una montaña bastante escarpada. El sendero se volvió empinado, y Tiburius comenzó a ascender por él. Cuando llegó arriba del todo, el suelo se tornó llano y arenoso. El sendero continuaba aquí invariable y abierto, y Tiburius prosiguió su marcha.

El camino era otra vez de fina arena negra; luego, despejado, liso y seco. La tierra se pegaba a cada paso al zapato, como si se caminara sobre brea, obligando a Tiburius a arrastrar los pies. Tiburius, entregado a su destino, sintió cómo sus zapatos se hundían en la tierra.

Por fin se hizo de noche, y empezaron a escucharse inquietantes cantos de mirlo. Tiburius, sin embargo, continuó caminando con su cazadora demasiado ligera. Un rato después, le pareció como si algo o alguien susurrase en la zona de abajo. Tiburius continuó andando, pero aquel murmullo se iba oyendo cada vez más cercano. Era solo el agua, lo que hacía que el bosque pareciera aún más espantoso. No cabía esperar nada favorable de él. Tiburius se apresuró aún más, y siguió avanzando, invariablemente y, por desgracia, de nuevo hacia arriba. Finalmente, cuando hubo rodeado una gran piedra que oscurecía todo lo que había delante ante él, el sendero se precipitó, hasta tornarse arenoso y lleno de piedras. Flanqueándolo no se hallaban ya los altos abetos sino graciosos arbustos de espesa frondosidad y matas de avellano (que indican que el bosque se termina y que se encuentra uno en su límite). Tiburius, sin embargo, no conocía semejantes signos. Continuó andando todavía un trecho bajo los arbustos y sobre las puntiagudas piedras. Y así hasta que el camino se fue haciendo más luminoso y los arbustos desaparecieron. El bosque se había terminado y Tiburius se hallaba ante una pradera abierta.

Se hallaba en una situación en la que no se había encontrado en toda su vida. Le temblaban las rodillas y la ropa le colgaba del cuerpo de puro cansancio. Percibía cómo los nervios le hacían estremecerse, y cómo todos sus miembros aceleraban su pulso. Además, no había ningún viso de amparo. El sol ya se había puesto. Por todas partes había montañas, con todo tipo de formas en el fresco aire azul de la noche; algunas estaban en parte cubiertas de bosque y, en parte, dejaban ver la piedra. Más allá de los límites de un verde bosque se alzaba una alta montaña con algunas rocas en círculo, que se erguían de pie. Entre estas coronas o círculos había tres grandes campos nevados, pero que ahora lucían rosados. Sobre ellos, las coronas o círculos proyectaban sus sombras. Este escenario llenó a Tiburius de temor.

Por los alrededores no se divisaba ningún ser humano, ningún ser vivo. El murmullo que había escuchado un rato en el bosque, le resultaba ahora más comprensible. A través del surco del valle, por el que ascendía la pradera en que se hallaba, corría —sobre piedras y peñas— una burbujeante corriente de agua verde que desembocaba en las profundidades del valle. No se atisbaba ninguna otra cosa que pudiera moverse o agitarse.

Tiburius vio cómo la corriente de agua ascendía junto al sendero, sobre la colina de la pradera. Y pensó que, puesto que allá en el balneario fluía la misma corriente de agua —tan verde como esta, aunque en mucha mayor cantidad—, así esta corriente de agua habría de correr junto al sendero.

Tiburius decidió seguir el curso del sendero en dirección opuesta. Dominó el atormentado anhelo de su cuerpo por descansar, puesto que la hierba estaba ya cubierta de húmedo rocío. Y caminó por el escarpado sendero hacia abajo con dolores, cada vez más intensos, en las rodillas. La montaña, con los rosados campos de nieve, se iba ocultando paulatinamente entre el bosque. Y así hasta que desapareció, de forma que allí solo podían verse los azules o verdes cerros y altozanos, atravesados por franjas de bruma.

Tiburius caminó corriente abajo. La corriente se apresuraba a través de las azul-verdosas aguas de sus saltos y de la blanca espuma saltarina; iba volviéndose cada vez más caudalosa. Lo que había imaginado sucedía realmente: el sendero corría en efecto junto a la corriente de agua. Siguió ese sendero e intentó, por última vez, sacar las pocas fuerzas que le quedaran de su flaqueza.

Tras haber caminado un rato y cuando empezaba casi a oscurecer, oyó de repente pasos detrás de él,

pese al murmullo del riachuelo que corría a una profundidad considerable a su lado. Se dio la vuelta y vio a un hombre que iba tras él y que, evidentemente, le iba a dar alcance. El hombre llevaba un hacha a la espalda, numerosas cuchillos en los hombros y robustos zapatos de madera. Tiburius se quedó quieto, dejó que le alcanzase y le preguntó:

—Amigo mío, ¿dónde estoy y cómo me puedo dirigir hacia el balneario?

—Está usted en el camino hacia el balneario —le contestó aquel hombre—. Pero más adelante la senda se divide otra vez y el terreno conduce hacia arriba, a los leños caídos; ahí se podría usted perder. De cualquier manera, como yo voy por el mismo camino, puede usted ir conmigo. Le guiaré hasta allí. Sin embargo, ¿cómo ha llegado hasta aquí, si es que no sabe dónde se encuentra?

—Soy un enfermo —dijo don Tiburius—. Estoy intentando curarme en el balneario, y he conducido mi carruaje por la carretera demasiado lejos. Después he decidido dar un paseo y me he perdido; por eso no he podido volver a encontrar mi carruaje con el personal a mi servicio, que me estará esperando.

El hombre con las cuchillas de hierro se echó a un lado y miró al señor Tiburius de arriba abajo; lo hizo con una delicadeza que es propia de la gente de estas tierras y que jamás se les atribuye sin razón. Después de observar a su interlocutor, comenzó a caminar, mucho más despacio de lo que tenía por costumbre.

—Así que usted habrá caminado a través de los leños negros y, después, seguramente habrá atravesado la pradera en forma de campana hasta llegar a la corriente de agua —dijo.

—Sí, he andado por una pradera, que era redonda y empinada como una campana; lo he hecho hasta subir hasta este riachuelo de agua —contestó don Tiburius.

—Ya, ya —dijo el hombre a continuación—. Allí no sube por gusto la gente, porque es una zona muy salvaje. Por eso mismo no sabía usted dónde se encontraba.

—Sí, sí, desde luego —replicó don Tiburius—. Y ¿quién es usted que camina de noche por esta acequia?

—Soy un peón maderero —dijo el hombre—. Camino hoy por aquí solo por casualidad, pues tengo que llevar un mensaje al capataz que está en el campo de leña. Así que he cogido mis utensilios para afilarlos, pues mi casa está tan solo a una media hora a la izquierda de aquí. Nosotros labramos en los talares, que deben de estar aproximadamente a seis horas de donde le he encontrado. Los lunes vamos siempre hacia arriba, y los sábados regresamos abajo. Pero a veces permanecemos semanas enteras arriba. He trabajado hoy hasta la tarde y, después, he estado descendiendo.

—¿Y cuándo tiene usted que volver a subir? —preguntó Tiburius.

—Hoy me quedo con mi esposa —dijo el peón maderero—. Mañana temprano, a las tres de la madrugada, tengo que ir al campo de leña, donde está el maestro capataz; desde allí regresaré de nuevo al talar, puesto que tengo trabajo todavía por la tarde.

—Ya veo que todo esto lo hace usted en un solo día —dijo Tiburius—. Y… ¿se prolonga así durante todo el año?

—En invierno es más leve —contestó el peón maderero—. Entonces estamos en el valle, y con frecuencia pasamos el tiempo solo en el carro.

—Ya, comprendo —contestó don Tiburius, al tiempo que, no sin fatigoso esfuerzo, intentaba caminar al paso de aquel hombre.

Este le contó muchas cosas sobre su oficio: cómo lo ejercitan y gestionan, así como el modo en que viven en las altas montañas y qué peligros y aventuras les acontecen. Continuaron avanzando con esta conversación hasta el lugar en que se ensanchaba el valle, tanto como la ya cerrada noche les permitía ver. Luego volvieron a bajar por un sendero bastante empinado. El peón maderero se detuvo ante Tiburius, y le ayudó y acompañó en el descenso, cogiéndole del brazo.

Después de volver a un terreno llano, caminaron un trecho más y se encontraron con pequeñas casas iluminadas con lucecitas.

—Bueno —dijo el peón—. Por fin hemos llegado. He caminado con usted un poco más de lo que es mi camino porque está usted enfermo y no puede andar solo; pero a partir de aquí ya es un camino fácil. Siga el sendero y continúe recto. Enseguida reconocerá usted las residencias del balneario. Yo he de dar media vuelta, pues tengo casi todavía dos horas hasta mi casa. La noche es corta y debo salir de nuevo a las tres.

—Querido y buen hombre —dijo Tiburius—. Ahora no le puedo recompensar, pues aquí no tengo dinero. Es mi criado quien lo lleva siempre consigo y él, evidentemente, no está aquí. Pero acompáñeme a mi residencia para que premie vuestra bondad, o tome mi bastón y présteme el suyo. Voy a permanecer aquí hasta bien avanzado el otoño. Me llamo Theodor Kneight y si usted u otra persona me trae el bastón para cambiarlo por el suyo, tenga la seguridad de que mi deuda será pagada.

—Piense solamente —dijo el peón maderero— que tengo todavía que afilar mis utensilios. No puedo perder más tiempo. El bastón lo acepto con gusto y, no se preocupe, se lo devolveré pronto; pero tengo dos

hijos y, si usted es tan generoso de darles algo, tanto mi mujer como yo le estaríamos muy agradecidos.

Tras decir aquello, se intercambiaron los bastones y se despidieron. Tiburius caminaba ahora despacio, apoyándose en el frágil bastón de madera del peón. Entre las vallas de los jardincillos de las casas que se erigían en aquel lugar, escuchó todavía los pasos del peón maderero, ahora mucho más rápidos. Se dirigía por el camino a su cabaña —a dos horas de distancia—, cargado con sus cuchillas de hierro y calzando zapatos de madera. Iba sin bastón, pues el de caña labrada con el mango dorado que él le había dado no podía considerarse como tal.

En la posada en que residía don Tiburius, todos se quedaron asombrados al ver llegar al señor a pie, en mitad de la noche y con un palo de madera. El dueño se quiso informar convenientemente, mientras los demás murmuraban entre sí. El asunto corrió como un reguero de pólvora por todo el balneario. No obstante, don Tiburius contó enseguida al dueño de la posada todo lo que le había sucedido. Subió ayudándose del palo de madera a su habitación, se sentó allí en su cómodo sillón orejero de ruedas y solicitó algo de comer. Se le colocó una mesita delante de aquel sillón orejero, se puso un mantel sobre ella y le dieron de comer diferentes alimentos. Recién había empezado a comer, preguntó si ya había retornado su carruaje. Le respondieron que no. Dedujo entonces que su cochero y criado podrían estar todavía esperándole donde les había dejado. Por eso indicó al personal de servicio del hostal el lugar exacto donde se hallaban, y mandó que fueran a recoger a su cochero y criado de inmediato.

Una vez hubo comido, uno de los criados que había permanecido en la posada le vistió y preparó su cama. Cuando estuvo acostado, don Tiburius ordenó que nadie entrase en su pequeño dormitorio salvo que fuese llamado. Cuando el criado abandonó la habitación, se tapó hasta arriba con las dos mantas que tenía para abrigarse. Quería sudar lo más posible para calmar así su gran nerviosismo. Poco después consiguió dormirse, y lo hizo profundamente. No sabemos qué aconteció durante la noche, por lo que solo podemos contar lo que sucedió al día siguiente.

Cuando Tiburius se despertó, era ya pleno día. El sol lucía radiante en la estancia y, por su efecto, las figuras chinas de color rojo que había en el biombo de seda parecían casi llamas rojas. Don Tiburius las contempló plácidamente durante un largo rato. El calor de la cama le era sumamente agradable. Finalmente salió de su ensimismamiento e intentó investigar qué era lo que le producía cierto dolor. La cabeza no le dolía, pero no sabía si —al quedarse dormido— había podido tener sudores fríos durante la noche. Tampoco le dolía el pecho; el estómago, por otra parte, se encontraba en perfecto estado (aunque sentía un hambre atroz). Sus brazos no estaban rígidos ni sentía dolores o tirones musculares. Cogió el reloj que tenía junto a la cama y miró la hora. Eran las diez; hacía ya tiempo, por tanto, que había pasado la hora del desayuno. Solía tomar sus baños mucho antes, pero esto podría hacerlo hoy algo más tarde. Comenzó entonces a mover los pies y a estirar todos sus miembros; pero he aquí que sintió unos terribles dolores, principalmente en el empeine. Se dio cuenta enseguida de que no era el dolor propio de una enfermedad, sino más bien consecuencia del cansancio. Incluso le pareció mientras reposaba que estos dolores podían resultar incluso agradables. Permaneció así, placenteramente acostado. Con lo a gusto y calentito que estaba en la cama, no podía dejar de sentir cierta alegría por haberse quedado dormido y haberse perdido el desayuno. Miró hacia la ventana, a la bella cruz de su vidriera. Luego contempló los motivos pintados en las paredes, así como todos los objetos de su entorno.

Por fin hizo una llamada con la campanilla. Vino Matías, el criado con el que había estado el día anterior. Don Tiburius no se levantó. Unicamente le preguntó al criado qué es lo que les había sucedido a ellos y qué había sido del carruaje (dado que, a altas horas del día anterior, todavía no habían llegado).

—Estuvimos esperando pacientemente —dijo el criado— como es nuestra costumbre cuando usted se va a pasear. Al principio no dimos importancia al hecho de que no regresara. Pero transcurrida una hora, empezamos a mirar impacientemente el reloj. Pasada otra hora más, nos preocupamos seriamente. Y, bastante tiempo después, yo quise ir en su busca. Roberto, el cochero, me dijo que eso sería un error, dado que usted siempre nos repite que debemos hacer ni más ni menos que lo que usted ha ordenado. Dijo que usted lleva esto siempre a rajatabla. Continuó haciéndome ver lo que sucedería si usted llegase y él no estuviera allí, cosa que comprendí muy bien. Le di la razón, así que dejé de pensar en ir a buscarle. Cuando el sol iba a ponerse, todavía seguíamos allí; y el temor nos invadió. Entonces fue incluso el propio Roberto quien creyó conveniente que yo fuera en su busca. Corrí hacia el bosque dando gritos, pero nadie me respondió. Seguí corriendo de acá para allá, siempre dando voces; pero siempre sin recibir respuesta. Cuando ya se iba haciendo francamente tarde, me acerqué hasta unas casas de piedra que no se

encontraban muy lejos de donde estábamos. Deseaba hallar gentes que nos pudiesen ayudar a buscarle en el bosque. Algunas vinieron con nosotros. Encendimos antorchas y buscamos denodadamente, gritando su nombre hasta la medianoche. Pero todo fue en vano. Roberto, al cual habían ido a recoger, había regresado antes a casa. Pero nosotros, sin embargo, no retornamos hasta las tres de la madrugada. La gente reclutada para buscarle me acompañó hasta las primeras casas del balneario. Allí les entregué su paga y les despedí.

—Está bien —dijo sonriente don Tiburius—. Puedes irte.

El criado se marchó. Pero don Tiburius no se levantó. Se dio media vuelta en la cama, sonrió para sus adentros y sintió un hondo regocijo por haber estado perdido en medio del gran bosque y haber superado tal aventura.

Cuando hubo transcurrido una hora, quiso levantarse. Hizo sonar de nuevo la campana y el sirviente le ayudó a levantarse y a vestirse. Don Tiburius no se bañó aquel día, pues ya era demasiado tarde y no quería causar más molestias. Pero hizo algo que apenas podía permitirse. Dado que no podía sustraerse del hambre feroz que le torturaba, desayunó carne en abundancia. Más tarde le pesó mucho haberlo hecho. No obstante, esta irregularidad no tuvo consecuencias perjudiciales para su salud.

En adelante, don Tiburius siguió actuando conforme le había sido prescrito en el balneario. Unicamente el cansancio de los pies, que le había sobrevenido a consecuencia de tan extraordinaria caminata, le afectó notablemente durante ocho días. Y esto casi le impidió dar sus habituales paseos. Pensaba continuamente en el momento en que atravesó el misterioso sendero. Y sintió curiosidad por descubrir por qué se había perdido.

Como consecuencia de estos pensamientos, Tiburius se dirigió nuevamente un día en su carruaje —una vez se hubo restablecido— al mismo lugar donde se hallaba el firme y soleado terreno de brezal y los protectores muros de piedra. Bajó del carruaje y les dijo a los mismos criados que le habían acompañado la vez anterior que le esperasen, no sin antes asegurarles que esta vez no se perdería.

Caminó en dirección al primer sitio en que había estado en aquella ocasión, y después llegó hasta el segundo, que le gustó tanto como la última vez. Caminó muy atento a cualquier contrariedad que pudiera observar. Así como la otra vez no pudo encontrar el muro de piedra, hoy no podía perderlo de vista. Se giraba con frecuencia para ver dónde quería ir y tenerlo así siempre a la vista.

Continuó caminando por el sendero, esparciendo junto a él pequeños trocitos de leña que había traído consigo. De este modo encontraría fácilmente el camino de vuelta. De repente vio la causa por la que se había apartado del camino correcto la vez anterior. En un sitio muy poco señalizado del sendero, por donde caminó sobre unas piedras, se abría inadvertidamente otro sendero que conducía al bosque por un lateral. Tan pronto como quiso volver sobre sus pasos, Tiburius fue a parar una y otra vez a este ostensible brazo del sendero y, a través de él, al lejano bosque que le desviaba de su carruaje. Le parecía increíblemente estúpido no haberse dado cuenta de ello la otra vez. Hoy, sin embargo, estaba todo muy claro. Ignoraba que aquello les sucedía a todos los que visitaban estos bosques. La segunda vez que los visitaban, sus senderos les resultaban más claros e inteligibles. Y, al final, les resultaba bello y agradable caminar por ellos. Vio con toda claridad que, en la otra ocasión, cuando hubo decidido continuar andando sin dar media vuelta, se había dirigido precisamente por la dirección del sendero que se alejaba de su carruaje. Por tanto, había dado un gran rodeo a través de las montañas para volver al balneario. Caminó un trecho por el sendero del bosque y se fijó con atención en los elementos que iba viendo y dejando atrás. A la vuelta le fueron todavía más agradables y conocidos. Puesto que había llegado a la horquilla del sendero, caminó sobre las piedras y alcanzó el muro (que tenía ahora a su derecha). Y de ahí, hasta el coche de caballos. Montó y se dirigió a su residencia.

Lo que don Tiburius había hecho esta vez, lo realizó posteriormente con frecuencia. El otoño, que era allí de un clima especialmente óptimo, le producía un bienestar excepcional. Casi siempre brillaba el sol en un alegre y bonancible cielo sin nubes. Tiburius, que se iba alejando por el mismo sendero cada día más lejos, no experimentaba dificultad alguna en sus largas caminatas y paseos; muy al contrario, parecía como si le beneficiasen. Tras andar muy lejos y sentarse en el cálido muro de piedra, observaba todo lo que le rodeaba, y contemplaba también la superficie del cielo, sintiéndose mucho más contento y optimista que antes.

Se encontraba muy bien, tenía un hambre feroz y comía con mucho apetito. No podía dejar de caminar hasta bien avanzada la tarde y llegaba a la pradera en forma de campana, donde divisaba la montaña con las cumbres nevadas y la corriente de agua que saltaba alegremente. Una vez allí, regresaba de nuevo hasta

su carruaje. Esto lo hacía tres veces por semana.

Cuando don Tiburius dejó de lado su dedicación a la pintura al óleo, empezó a consagrarse a algo de menor envergadura. Comenzó a dibujar, y entregado a esa labor, pasó unas horas agradables. Para ello, se hizo enseguida con magníficos cuadernos de dibujo. A causa de sus estudios sobre los medicamentos con que afrontar su enfermedad, no había dibujado hasta entonces en aquellos cuadernos ni una sola línea. Había traído también consigo al balneario los utensilios para dibujar. Pero hasta ese momento no se le había ocurrido esbozar el más mínimo boceto o dibujo. Pero, al caminar con tanta frecuencia por el sendero en el bosque, le vino a la mente la idea de dibujar. Y fue entonces cuando se acordó de sus cuadernos de dibujo y pensó que se los podría llevar con él en sus largas caminatas para hacer realidad sobre el papel los diferentes aspectos y rincones del paisaje. Como nunca iba acompañado por nadie, podía ensimismarse tranquilamente; ninguna compañía o atadura se lo impedía. Así pues, cogía un cuaderno de dibujo y se sentaba a dibujar bajo el soleado muro de piedra. Esto lo hacía con frecuencia y le gustaban mucho los temas y asuntos que dibujaba. Pero un día se cansó de dibujar siempre lo mismo, y dejó de dibujar piedras y troncos. Para ello se internó mucho más en el bosque, intentando captar los claroscuros. Le gustaba especialmente cuando el sol brillaba intensamente sobre el negro sendero, transformándolo gracias a su luminosidad en un gris pálido. Sobre ese gris se reflejaban las sombras de los árboles como agudas franjas oscuras. Y así fue captando, en su grueso cuaderno de dibujo, casi todos los rincones del oscuro bosque y del sendero que lo atravesaba. Pero no se limitaba simplemente a dibujar, pues a veces deambulaba por los alrededores. Hubo ocasiones en que caminó incluso por donde se había extraviado la primera vez.

Hacía tiempo que Tiburius había dejado de ser un necio o, al menos, no lo era tanto como antes. Puesto que se había sabido a través de su médico lo que dibujaba en su cuaderno de dibujo, la gente creyó que su rareza consistía únicamente en dibujar simples claroscuros. Pero lo que ciertamente resultaba curioso y extraño era que el señor Tiburius no emplease su tiempo más que en dirigirse siempre hacia el mismo sendero del bosque.

3

Hasta entonces Tiburius no se había encontrado nunca con nadie en su caminar por el sendero. Ahora, por fin, iba a ver a alguien. Y eso habría de ser decisivo para el resto de su vida.

Había una hermosa y larga piedra en el sendero, situada casi justo entre el muro de piedra y la pradera en forma de campana. En esta piedra se sentaba Tiburius con frecuencia, puesto que se hallaba en un sitio bello y seco, y porque desde ella se podían contemplar, a la derecha, delgados troncos a través de los cuales se divisaban claridades y suaves penumbras.

Cuando una tarde se dirigió hacia esa piedra para sentarse en ella y dibujar, Tiburius vio que había alguien sentado junto a ella. De lejos le pareció que se trataba de una anciana: era una figura como las que suelen ilustrar los dibujos de gente en el bosque. Pensó en esto porque distinguió en el sendero algo blanco que tomó por una bolsa de merienda. Se aproximó lentamente hacia ella. Cuando ya estaba muy cerca, se dio cuenta de su error. No se trataba de una anciana sino de una muchacha que, como sus ropas revelaban, tenía que ser una campesina de la comarca. Las copas verdes de los árboles del bosque, sostenidas por interminables troncos que parecían columnas, se arqueaban por encima de ella derramando sombras y luces sobre su figura. Como muchas mujeres italianas, la muchacha llevaba un blanco pañuelo sobre la cabeza y un ligero velo sobre la frente. Alrededor del cuello llevaba una bufanda de un rojo intenso. Esto hacía que las luces del bosque que se reflejaban en ella parecieran pequeñas llamitas. El corpiño era negro. Su regazo estaba embutido en una faldita de lana azul, llena de arrugas. Calzaba calcetines blancos y rudos zapatos de cordones.

Lo que Tiburius había tomado por una bolsa de merienda era en realidad una tela blanca que envolvía un pequeño canastillo sin asas. Pero el paño no tapaba totalmente el canastillo, sino que dejaba ver por algunas partes su contenido: una especie de pequeñas fresas amargas del bosque. Tales fresas se podían encontrar durante todo el verano por aquellas montañas si se sabía buscar en los lugares adecuados. Cuando don Tiburius vio aquellas fresas se despertó en él el deseo de comer algunas. Calmaría así el hambre que siempre tenía tras sus prolongados paseos por el bosque. Por su aspecto, le pareció que aquella muchacha podía ser una de las muchas vendedoras de fresas que acudían al balneario y que ofrecían su mercancía en las esquinas y en las puertas de las viviendas y residencias, o incluso dentro de las mismas. Pero Tiburius no se había fijado todavía detenidamente en el rostro de la muchacha.

Estuvo parado un largo rato, contemplándola con su cazadora gris. Por fin, dijo: «Si llevas a vender estas fresas, me harías un gran favor si me vendieras a mí una pequeña cantidad. Yo te las pagaría bien, siempre y cuando me acompañes un pequeño trecho más allá de la carretera, puesto que aquí no tengo dinero conmigo».

Al escuchar estas palabras, la muchacha levantó la vista y miró franca y confiadamente a don Tiburius.

—No le puedo vender estas fresas —dijo ella—. Pero si usted desea tan solo unas pocas, como dice, se las puedo regalar.

—Regaladas no las puedo aceptar —respondió Tiburius.

—Sea usted sincero. ¿Le apetece mucho comerlas? —quiso saber la muchacha.

—Sí; me gustaría mucho comer unas pocas —contestó don Tiburius.

—Entonces, espere usted un momento —replicó la joven.

Tras decir esto, ella se inclinó hacia delante, desató los nudos de la blanca tela que cubría el canastillo y le mostró una gran cantidad de selectas y ricas fresas. No había duda de que habían sido recogidas con gran

esmero y cuidado, puesto que todas eran muy rojas y, casi todas, igual de grandes. Después se puso en pie, cogió una piedra lisa que buscó dentro del canastillo y que utilizó como platito, no sin antes colocar sobre ella varias hojas verdes y grandes. Llenó aquel plato improvisado con todas las fresas que cabían.

—¡Aquí tiene usted!

—No puedo aceptarlas si me las regalas —dijo Tiburius.

—Dado que usted me dijo que le apetecían mucho, debería usted aceptarlas —respondió ella—. Se las regalo con mucho gusto.

—Si me las regalas de buena voluntad, no tengo más remedio que aceptarlas —dijo Tiburius, al tiempo que cogía cuidadosamente con sus manos la piedra con las fresas. Pero al principio no comió ninguna.

Después ella se agachó de nuevo y volvió a colocar el paño blanco tal como estaba antes. Tras incorporarse, la muchacha le dijo:

—Siéntese usted en esta piedra y coma tranquilamente sus fresas.

—No; la piedra es tuya; tú estabas sentada en ella antes.

—De ninguna manera. Es usted quien debe sentarse, puesto que va a comer. Yo permaneceré de pie —dijo la joven.

Entonces Tiburius se sentó para complacerla, sosteniendo ante sí el platito de piedra con las fresas. Cogió primeramente una con los dedos, se la llevó a la boca y se la comió. Después, una segunda; a continuación, una tercera. Y así sucesivamente. La muchacha permanecía de pie ante él, contemplándole sonriente. Cuando le quedaban ya muy pocas, ella dijo:

—¿Qué pasa? ¿Es que no están buenas?

—Sí, son excelentes —respondió él—. Has conseguido y reunido las mejores y más selectas de la zona. Pero, dime, ¿por qué no vendes tus fresas?

—Yo en realidad no me dedico a venderlas —replicó ella—. Me limito a buscar las más ricas para comerlas después junto a mi padre. Sucede que mi padre, además de ser ya muy anciano, enfermó la pasada primavera. El doctor del balneario le auscultó y le recetó algunos remedios. Ese médico tiene que ser un estúpido, pues llegó a decir —pasado cierto tiempo— que mi padre se curaría únicamente comiendo muchas fresas. Yo pensaba para mí: pero ¿qué pueden curar realmente las fresas, siendo como son un mero alimento y no una medicina? Pero como entonces yo todavía ignoraba todo esto, iba al bosque a coger fresas. Mi padre las comía con verdadero gusto y deleite, y yo traía siempre algunas de más para que sobrasen para mí. Porque a mí también me gustan mucho. Hace tiempo ya que mi padre está sano; no sé si a consecuencia de comer fresas o por otros motivos. El caso es que, como están tan ricas, yo sigo saliendo al bosque para buscar fresas para ambos.

—En el balneario hace tiempo que no se encuentran, puesto que ya estamos en otoño —dijo Tiburius.

—Si usted quiere más fresas… —respondió la joven—; pero ¿cómo se llama en realidad, señor?

—Me llamo Theodor —contestó don Tiburius.

—Bueno, don Theodor, si usted quiere coger muchas fresas en esta estación del año —prosiguió la muchacha—, entonces tiene que dirigirse a los rompientes del Ursel. Solo allí maduran a finales del verano, y todavía hay bastantes. En otras estaciones pueden encontrarse muchas también en otros lugares de estos parajes.

Entretanto, Tiburius había terminado de comer sus fresas y había colocado el platito —con sus hojas verdes— sobre la gran piedra en donde se había sentado.

—Estuve hoy en ese lugar un rato; ahora estaba por marcharme ya a mi casa.

—Me voy con usted —dijo Tiburius.

—Si quiere, venga conmigo —le contestó la muchacha.

Ella se inclinó hasta la tela blanca que cubría el canastillo, y que estaba a sus pies. Tras coger con destreza las cuatro puntas de aquel paño, se puso a caminar con su canastillo bajo el brazo. Tiburius se levantó de su asiento, se sacudió las hojas de pino que se habían adherido a su cazadora y echó a andar a su lado. Ella le condujo por el sendero que llegaba hasta el muro de piedra y a su carruaje. Cuando llegaron a la bifurcación que Tiburius había tomado, giraron por otro sendero, dejando a su derecha el muro de piedra y el ya familiar sendero que conducía al carruaje de caballos. Él caminaba a su lado, mientras la senda les iba introduciendo en un bello y espeso bosque. La muchacha avanzaba a paso normal entre las dispersas y tímidas luces cambiantes del bosque, de modo que Tiburius pudo andar a su lado sin ninguna dificultad.

Tras haber caminado un trecho, Tiburius creyó reconocer la gran piedra en la que había estado sentado el día en que se perdió y desde la que había buscado a su gente y su carruaje.

—Tengo que preguntarle a usted algo que no entiendo bien —le dijo la muchacha.

—Pregunta lo que quieras —respondió Tiburius.

—Usted dijo antes que quería comprarme fresas, pero que en ese momento no tenía dinero encima. También dijo que, si le acompañaba hasta la carretera, allí me las pagaría. ¿Cómo se entiende esto? ¿Es que acaso el dinero se encuentra en la carretera?

—No, claro que no —respondió Tiburius—. Pero, dime, ¿cómo te llamas?

—Me llamo María —contestó la joven.

—Mira, María, se trata de lo siguiente: yo voy solo al bosque con frecuencia, para pasear. Mi criado me espera con el carruaje en la carretera. Puesto que él se ocupa de comprar todo lo que necesitamos, así como de pagar siempre lo comprado, yo nunca llevo dinero conmigo. Él es quien lo lleva y quien me rinde cuentas de lo gastado a su debido tiempo.

—Eso es en realidad bastante incómodo y un inconveniente notable —respondió la joven—. Su dinero debe llevarlo usted consigo, para así comprar y pagar usted mismo. De este modo no necesitaría a otra persona; tampoco tendría que pedir cuentas a nadie.

—Es verdad, tienes razón —dijo Tiburius—. Pero esto se ha convertido ya para mí en una costumbre.

—Una costumbre un tanto absurda. Yo, personalmente, no la practicaría de ninguna manera —dijo ella.

Así prosiguieron su camino, formulándose diversas preguntas y respuestas. Caminaron un largo rato a través del bosque. Finalmente el paisaje se fue aclarando y los árboles fueron desapareciendo. Pudieron verse entonces cada vez más praderas a lo largo del camino, hasta llegar a las altas montañas. Se trataba de un bello paraje con frondosos árboles y muchos pedruscos, que brillaban a la luz del sol.

María se desvió de la senda y, señalando un estrecho caminito que conducía a un monte, dijo:

—Por aquí se llega a nuestra casa. Si quiere venir conmigo, está usted invitado.

—Voy con usted —respondió Tiburius.

Ella caminó delante y él la siguió. El camino tenía varios recodos que el monte ocultaba; pero al cabo apareció la casa. Se hallaba situada en un amplio llano de la pendiente de la montaña, que formaba un muro de piedra en semicírculo y que protegía la casa por todas partes salvo por la del mediodía, que era hacia donde miraban las ventanas. Por esta razón crecían en torno a ella numerosos árboles frutales, que daban abundante fruto a su debido tiempo. En el resto de la región, y particularmente en lo más alto de aquel monte, no se daban las condiciones más propicias para la fruta. Pegadas a la pared había colmenas para criar abejas. Por su escasa magnitud, la casa pertenecía al grupo de las más pequeñas entre las que había de ese tipo en aquella montaña. María atravesó el umbral de la casa, cuya puerta estaba abierta. Tiburius la siguió. Ella le condujo a la cocina, en donde esperaba una sirvienta. La mujer les condujo a una habitación muy iluminada por el sol que penetraba por la ventana. Ante la mesa de madera de haya que había en la habitación estaba sentado el padre de María. Él era el único habitante de aquel cuarto, puesto que la madre de María había fallecido mucho tiempo atrás. La muchacha puso el cestito de fresas en una esquina de un banco; luego acercó una silla a la mesa para que Tiburius se sentara. Después le contó a su padre que se había encontrado con aquel señor en lo más profundo del bosque, y que él le había acompañado.

Más tarde extendió sobre la mesa un mantel blanco y puso tres pequeños platos sobre ella: uno para el padre, otro para Tiburius y otro para ella. Trajo entonces las fresas colocadas en una fuente de madera pintada. La sirvienta trajo también leche, que el padre tomó juntamente con las fresas. Tiburius comió solo unas pocas. María dijo que ella las guardaba para comerlas por la tarde.

Después de que Tiburius charlara durante un rato sobre muy diversos temas con el padre de la muchacha —que todavía no era muy mayor, sino que se encontraba en el umbral de la vejez—, se levantó de su silla para marcharse. María le dijo que quería acompañarle hasta la carretera, donde él ya podría continuar solo hasta alcanzar a su criado.

La muchacha le condujo entonces monte abajo por otro camino de pendiente suave. Tras pasar la casa, bordeando el muro de piedra de la falda de la montaña, giraron y descendieron monte abajo por la parte exterior menos pronunciada (precisamente en dirección contraria a la que habían tomado al venir). Después de andar un rato, llegaron a lo más profundo del valle; y, tras seguir caminando entre arbustos y árboles, alcanzaron la carretera.

—Si usted continúa en esta misma dirección —dijo ella— debería llegar al lugar donde se encuentra su criado (en el caso de que, efectivamente, le haya dejado en la carretera). Solo debe usted caminar por el estrecho sendero, siguiendo el muro llamado de Andreas, a través del bosque profundo.

—Sí; hasta allí he llegado yo —contestó Tiburius.

—Entonces, adiós; yo regreso a mi casa. Pero una cosa más: puesto que no creo que usted sepa encontrar las cataratas del Ursel, me gustaría mostrárselas. Si es que quiere esperarme pasado mañana a las doce en punto en la piedra en la que nos hemos conocido hoy. Allí podría usted recoger suficientes fresas. Yo le

mostraré los lugares donde actualmente se encuentran en mayor número.

—Te lo agradezco muchísimo, María —respondió Tiburius—. Y también que me hayas invitado y que me hayas acompañado hasta aquí. Acudiré con toda seguridad —añadió.

—Pues bien; así quedamos —respondió la joven mientras daba media vuelta, desapareciendo de nuevo entre los arbustos.

Tiburius continuó caminando por la carretera en la dirección indicada. Caminó durante un rato considerable, hasta que finalmente vio a su gente, esperándole junto al carruaje. Estos expresaron su sorpresa cuando él llegó a su lado, pues llegaba por la carretera y no, como de costumbre, por el sendero. Pero él no adujo razón ni motivo alguno, sino que se sentó en el carruaje para que le llevaran al balneario. Allí no dijo una palabra sobre lo sucedido; nadie supo que había estado en la casa situada en la falda de la montaña.

Transcurridos dos días, volvió a subir a su carruaje para que le condujera hasta el lugar acostumbrado. Descendió y, alejándose de allí, tomó la senda que conducía al muro de piedra que conocía ya tan bien. Lo fue siguiendo, pasando junto a los arbustos, hasta el sendero del bosque. Y continuó andando por él hasta llegar a la piedra en que habían quedado. Se sentó sobre ella y permaneció a la espera. En aquella lejanía y soledad no se podían escuchar las campanadas del mediodía, y ello contando con que Tiburius conociera bien el momento en que todas las torres y torrecillas de la zona debían tocar. Pero no le habría hecho falta, pues tenía su reloj de bolsillo. Cuando llegó el momento acordado, vio aparecer a María a través de la oscuridad del bosque. Iba ataviada con el mismo vestido que la vez anterior.

Cuando la muchacha llegó a su lado, Tiburius exclamó:

—¿Cómo sabes que justamente ahora es mediodía, si desde aquí no se oyen las campanas y no veo que lleves reloj?

—¿No vio usted anteayer el reloj de nuestra casa, con sus largas cadenas colgando? —respondió ella—. Funciona muy bien y, cuando señala las once, vamos a comer. Después me preparo para ir a recoger fresas y cuando, antes de salir, miro la hora en las agujas del reloj, sé con certeza a qué hora llegaré aquí.

—Hoy has llegado exactamente a la hora convenida —dijo él.

—Usted, también —respondió ella—. Bueno, venga ahora conmigo, que yo le guiaré.

Tiburius se levantó de la piedra. Llevaba otra vez su cazadora gris puesta. Y así fueron ambos caminando a través del bosque: la muchacha con el vestido ya descrito; él, con su consabida cazadora gris. También hoy llevaba ella su canastillo recubierto con tela blanca, pero esta vez —al ir vacío— no le pesaba. Condujo a don Tiburius un largo trecho a través del sendero en el bosque, que él ya conocía bien y que tanta angustia le había producido en la ocasión en que se perdió. Ahora, sin embargo, le resultaba agradable. Cuando se adentraron en la espesura del bosque de abetos en el lugar en donde había un cañaveral, ella se apartó del camino y se dirigió hacia un roquedal con helechos. Tiburius la seguía. La muchacha le condujo sin rumbo premeditado, aunque lo hacía de tal manera que caminaban siempre sobre piedras secas, evitando la humedad propia del terreno de musgo que pisaban. Más tarde llegaron a un terreno seco. Unas veces seguían senderos apenas reconocibles; otras, pasaban —a través del rumor de los matorrales— por bosques poco frondosos, entre caminos pedregosos y llenos de guijarros. Después de una hora de un caminar errante, llegaron a una pendiente que, despojada en gran medida de bosque, mostraba todavía muchos troncos cortados. Estos árboles habían sido cortados pocos años antes. La pendiente, que se orientaba hacia el mediodía, estaba iluminada por un cálido sol de otoño. Las montañas y rocas que la rodeaban impedían que allí el viento soplase fuerte.

Crecían por todas partes matorrales y flores silvestres. En aquel lugar había plantas de fresas en gran número.

—Bajemos a recoger las fresas en las cascadas del Ursel —dijo María, mientras señalaba hacia aquel extraño campo de árboles cortados—. ¡Ya veremos quién coge más fresas!

Después de pronunciar estas palabras, se alejó rápidamente de Tiburius y fue hacia el bosque de árboles cortados, cuya maleza estaba bañada por el sol. Al poco rato él pudo observar cómo ella se agachaba y recogía algunas fresas. El cestillo lo dejaría en algún otro lugar, puesto que ya no la volvió a ver con él en los brazos.

También él quiso recoger algunas fresas, pero no encontró ninguna. Donde se hallaba todo era verde, pardo y, en fin, de color otoñal; no pudo distinguir ni un solo punto rojo que le indicase que allí pudiera haber fresas. Por eso continuó caminando junto a la cascada. Vio el verdor de las hojas de las fresas, así

como toda clase de hojas pardas y amarillentas, ramajes de árboles caídos y cosas por el estilo. Pero fresa no vio ninguna. Tomó la decisión de seguir caminando para inspeccionar y buscar con más atención. Y debió de conseguir su objetivo, puesto que un poco más tarde pudo vérsele agachándose una y otra vez. Era un espectáculo curioso contemplar a aquellos dos seres entre los abigarrados matorrales del bosque de árboles cortados: por una parte, la ágil y diestra muchacha campesina, que se movía con soltura entre las ramas y los fresales; por la otra, el hombre urbano, con su cazadora gris, de quien cualquiera habría dicho con toda seguridad que procedía de la ciudad.

Poco después, María vio cómo su compañero estaba de pie, sosteniendo algunas fresas en sus manos extendidas. Ella le siguió y dijo:

—¡Vaya, vaya! ¡No ha traído usted ningún canastillo u otro recipiente para poder llevárselas! Espere un momento; voy a ayudarle.

Pronunciadas estas palabras, sacó un cuchillo del bolsillo de su falda. Se dirigió entonces hacia una pequeña colina, en la que se erguía un pequeño abedul con su tronco blanco. Arrancó luego de su corteza, con un hábil corte, un trozo de forma cuadrada.

Era tan blanco, resistente y flexible como un buen pergamino o una piel dura. Con este trozo de corteza cuadrado volvió adonde estaba Tiburius y cortó del ramaje, que se hallaba junto a él, algunas ramas finas. Las limpió cuidadosamente e hizo con la corteza cuadrada y las ramas cortadas una sencilla cesta, capaz de contener muy bien las fresas. Aquella cesta improvisada tenía además la ventaja de poder sostenerse —gracias a las cuatro ramas que le servían como pequeñas patas— sin volcarse.

—Bueno —dijo María—, ahí tiene usted su cestito. Recoja tranquilamente sus fresas, mientras yo recojo las mías a mi aire. Cuando haya terminado, si necesita otro cestito, no tiene más que llamarme.

Ella se alejó entonces y volvió al lugar donde estaba, para continuar con su faena. Lo mismo hizo Tiburius. Cuando hubo cogido tantas fresas como solía, ella se dirigió una vez más hacia Tiburius. Comprobó que tenía su pequeño cestito casi lleno, así que buscó por varios sitios para que lo llenase del todo. Le trajo todas las fresas que encontró, envueltas en hojas verdes. Y las depositó en su cestito de corteza.

—Estupendo —dijo—. Ahora ambos tenemos nuestros cestos llenos. Así que podemos irnos.

Se volvieron entonces con la misma alegría con la que habían venido por matorrales, helechos y pedruscos; la muchacha delante y Tiburius detrás, siempre con su cazadora gris. Ella le condujo a través del sendero en el bosque con la misma seguridad con que antes le había guiado a las cataratas del río Ursel.

Cuando llegaron al lugar donde los caminos se separaban, ella le dijo:

—Ahora puede usted seguir caminando junto al muro de piedra de Andreas; así llegará antes al balneario. Mientras tanto, yo me iré hacia la izquierda por el bosque a mi casa. Que le aprovechen sus fresas. Puede usted añadirles azúcar o tomarlas con vino. Si vuelve usted otra vez, traiga un cuchillo y hágase un canastillo mayor que el de hoy. Si quiere recoger fresas conmigo, vuelva usted pasado mañana. Yo vengo cada dos días mientras dure este tiempo tan bueno. Si lloviese, las fresas se echarían a perder enseguida. En ese caso, ya no saldría a recogerlas. Así pues, ¡que usted lo pase bien!

—¡Que te vaya bien, María! —respondió Tiburius.

Ella se alejó, llevándose su canastillo recubierto con su tela blanca. Desapareció por la senda de la izquierda en la espesura del bosque. Tiburius se dirigió por el sendero de la derecha, llevando su cestito. Regresó con el carruaje hasta el balneario, donde, al verle llegar con las fresas en la corteza del árbol —a modo de cestito—, se produjeron sonoras risas y un gran jolgorio. Tiburius, sin embargo, no se enteró de nada. Al atardecer ordenó que su criado le trajese platos hondos con el propósito de poner allí las fresas que había recogido e irlas comiendo. No obstante, no bebió vino.

A partir de entonces, Tiburius estuvo otras dos veces más con ella. La primera vez trajo efectivamente consigo su cuchillo, e hizo con él un cestito bastante grande de corteza de abedul, que llenó con fresas hasta la mitad. La segunda vez consideró esta tarea excesivamente infantil, y se quedó sentado, leyendo un libro que había llevado en el bolsillo. Mientras tanto, María recogía sola las fresas.

Esta última vez volvieron a visitar al padre de la muchacha. Con su cazadora gris de siempre, Tiburius se sentó a charlar un rato con aquel hombre en una banqueta que había delante de la casa. Era un día precioso y el sol, con sus cálidos rayos, calentaba la fachada meridional. Las moscas revoloteaban alegremente alrededor de ambos hombres, como si fuera pleno verano. Después Tiburius se marchó solo, pues ya conocía de sobra el estrecho sendero que le conducía colina abajo hasta la carretera donde estaba el carruaje de caballos.

Este alegre y cálido día fue realmente el último día de buen tiempo. Tal como sucede con frecuencia en la montaña —e incluso podría decirse que en todas partes—, el que se prolongue el calor hasta bien avanzado el otoño suele ser signo inconfundible de una época posterior de fuertes tormentas y lluvias. De la bella y soleada pared que Tiburius contemplaba desde su ventana —que tanto le había gustado ya nada más llegar a la hospedería del balneario, y que estaba constituida por piedras muy altas que se alzaban ante sus ojos— no llegaba ahora la luz del sol. Tiburius solo podía contemplar una gris neblina que, como un infinito manto vaporoso, se extendía por toda la región. De entre la neblina surgía un viento incesante, que soplaba contra las viviendas del balneario y que traía consigo una lluvia persistente e insoportablemente fría. Tiburius esperó varios días, muchos, pero llegó un momento en que el propio médico del balneario le dijo que había pocas esperanzas de que todavía hubiera días buenos que ayudaran a su curación. Esperar, por tanto, podría ser más tiempo perdido que útil. Por ello, Tiburius mandó preparar su viaje de vuelta y, en efecto, regresó a su casa.

Un par de días antes de partir, mientras recogía sus cosas, vino a verle el peón maderero que le había orientado la noche en que se había perdido, a través del espeso bosque, en el camino al balneario.

Le trajo el bastón que le había prestado y dijo que hubiese venido antes, de haber sabido que el mango del bastón era de oro (algo de lo que se había enterado solo el día anterior). Tiburius respondió que aquello no tenía importancia, y que deseaba ofrecerle algo más de lo que valiese el mango del bastón. Le dio entonces la correspondiente gratificación y el peón se marchó, dándole mil gracias.

En el entorno de la casa de campo donde vivía Tiburius quedaban todavía días de buen tiempo, si bien el cielo estaba encapotado la mayoría de las veces. Tiburius acudió a visitar la casa del pequeño doctor, que seguía teniendo sus dispositivos de madera y su jardín. Cada día iba ampliando sus plantaciones de flores. El doctor recibió a don Tiburius como de costumbre; y habló con él, pero no le dijo nada acerca de su estado de salud.

Don Tiburius, sin embargo, sí le contó que había estado en el balneario y que allí le había ido muy bien. No obstante, no quiso contarle absolutamente nada sobre todo lo que allí le había sucedido. Se hallaba de pie —en medio de las plantaciones—, mientras el galeno seguía trabajando en mangas de camisa pese a lo avanzado de la estación. Antes de las primeras nieves, volvió Tiburius a visitar al doctor varias veces.

En invierno se puso botas altas y una tosca y caliente cazadora, e intentó salir a pasear por la nieve. Lo consiguió, de modo que repitió estos paseos con frecuencia.

Cuando era ya primavera y el sol comenzaba a resplandecer con sus cálidos y alegres rayos, y una vez que Tiburius se hubo convencido —después de leer muchos libros sobre el balneario— de que allí también había llegado por fin la estación más cálida, preparó su carruaje para el viaje y se dirigió una vez más al balneario.

Dado que pertenecía al tipo de personas que permanecen fieles a tradiciones y costumbres, y por ser un hombre previsor, había reservado para todo ese verano la misma pequeña habitación que había ocupado el otoño pasado. Había pagado por adelantado el alquiler de la misma a su viejo dueño. Cuando llegó allí, deshizo las maletas, colocó el biombo de seda con las figuras chinescas y paseó por la habitación, donde le recibieron los rayos de sol de aquel verano.

A continuación puso sobre la mesilla, que destacaba sobre la pared —de intenso color azul—, los preciosos cuadernos de dibujo que había traído consigo; colocó después la caja de lápices de colores que también había traído, así como el sacapuntas de finas cuchillas. Solo después hizo llamar al médico del balneario. Deseaba hablar con él un poco sobre el tratamiento del año anterior, así como sobre el que debía seguir en esta ocasión.

Cuando todo le quedó claro, se dirigió al muro de Andreas, que lucía en todo su esplendor primaveral. Arbustos y matorrales, hojas y plantas de todo género mostraban ahora su verde fulgor. En lugar del pardo y amarillento del otoño pasado, en la vegetación resplandecía con fuerza el azul, el rojo y el blanco. Nuevas y numerosas flores habían brotado. El bosque ofrecía un alegre y jovial aspecto, de un tono general verde claro. Surgían ahora incluso, de entre algunos troncos caídos —que el año pasado no eran sino maderos secos—, frescos retoños, recubiertos de verdes hojas. No obstante, Tiburius pensó que en esta época del año no habría fresa alguna. Se detuvo un instante. Después dio una vuelta y miró a su alrededor. Cuando ya había dado dos vueltas, se puso a dibujar. Solo después de dibujar un rato se introdujo en el interior del

bosque, por la senda que conocía. También aquí todo era distinto: el camino parecía más estrecho; y es que las hierbas habían crecido por todas partes, en ambos lados de la senda. Los árboles y arbustos extendían sus ramas de un intenso verde claro. En algunos lugares —y donde apenas había espacio— brotaban pequeñas flores.

Y así transcurrieron, en la montaña y en el valle, días agradables y de buen tiempo.

Tras haber ido varias veces de excursión por aquellos oscuros bosques, llegando incluso a divisar las cumbres nevadas del valle, un día sucedió que, vagando por aquellos parajes con sus cuadernos de dibujo y su cazadora gris, se encontró de frente con María. No hubiera podido decir si venía ataviada de igual modo que el otoño pasado, puesto que no pudo reparar en ello. Pero tampoco sabía si él era el mismo o no que el año anterior, ya que sobre este particular no había meditado.

El caso es que, cuando estuvieron muy cerca uno del otro, él se detuvo y la miró. Ella se detuvo igualmente y, dirigiendo sus ojos hacia los suyos, dijo:

—Vaya, veo que ha regresado usted.

—Sí —respondió él—. Estoy desde hace bastante tiempo en el balneario. He venido por aquí muchas veces, pero no la he visto nunca; sin duda, porque todavía no hay fresas.

—No pasa nada; vengo aquí con frecuencia —respondió María— porque en primavera crecen distintas hierbas curativas que huelen muy bien y que son excelentes para la salud.

Tras decir esto, le miró con sus claros ojos aún con mayor fijeza. Luego, tras unos instantes mirándole fijamente, dijo:

—¿Por qué me mintió usted el año pasado?

—Yo no he mentido en absoluto, María —respondió Tiburius.

—Sí, ciertamente; usted me ha mentido —replicó ella. Y añadió—: Hay que respetar el nombre que a uno le ponen cuando nace, puesto que procede de Dios; y es preciso mantenerlo, sea uno rico o pobre. Usted no se llama Theodor, como me dijo; usted se llama Tiburius.

—No, de ningún modo, María —respondió él—. Me llamo Theodor Kneight. La gente me ha atribuido el nombre de Tiburius porque un amigo cercano me llama constantemente así. Si no me crees, te lo puedo demostrar. Espera un momento; tengo aquí algunas cartas en donde aparece la dirección y mi nombre. Y, si sigues dudando todavía, puedo mostrarte mi partida de bautismo, en la que aparece mi nombre de forma clara e irrefutable.

Tras pronunciar estas palabras, Tiburius introdujo su mano en el bolsillo interior de su cazadora gris, en donde llevaba diversos papeles. María le cogió por el brazo para retenerle, y dijo:

—Déjelo usted, no es necesario. Si usted lo dice, me lo creo.

Con algunas dudas, Tiburius dejó los papeles en su bolsillo, mientras María le soltaba el brazo.

Poco después, don Tiburius preguntó:

—¿Así que has tratado de indagar sobre mí en el balneario?

Ante esta pregunta, María guardó silencio por unos momentos. Luego, respondió:

—Sí que he indagado sobre usted. La gente dice muchas cosas de usted. Aseguran que es un tipo extraño y que está un poco trastornado. Pero a mí eso no me importa.

Tras decir aquello, María se dispuso a seguir su camino. Don Tiburius decidió acompañarla. Hablaron de la primavera y del buen tiempo que hacía. Cuando llegaron a la bifurcación del camino, se separaron: ella tomó la senda de la izquierda —que se dirigía a las profundidades del bosque—, mientras que él se dirigió hacia la de la derecha, bordeando el muro.

Días después se dirigió don Tiburius, por vez primera en ese verano, a la colina —en la depresión del valle— en que se hallaba la pequeña casa del padre de la muchacha. Tras esta primera visita, hizo otras muchas, dejando siempre que sus acompañantes le esperaran junto a su carruaje en el lugar de costumbre de la carretera. Se sentaba entonces Tiburius con el padre de la joven a charlar sobre los diversos temas que les iban surgiendo y que se les iban ocurriendo. Tiburius hablaba también con María acerca de las labores que ella realizaba en casa. A veces, mientras ambos hablaban en su cuarto, el padre se sentaba a la mesa y les escuchaba. Otras veces, cuando charlaban en el banco que había a la entrada de la casa, el padre se

cubría la cara con la mano, para evitar el sol, y miraba las lejanas montañas y las nubes que se divisaban desde allí.

El padre mimaba a la joven y dejaba trabajar a la muchacha cuanto ella quisiera; pero también consentía que se fuese a caminar y pasear tranquilamente por el bosque. A veces ella acompañaba a don Tiburius un largo trecho por la colina. Y no tenía remilgo alguno en sugerirle que, si volvía al bosque, podrían encontrarse allí nuevamente. Don Tiburius no desperdició estas ocasiones. Salían juntos mientras ella cogía las hierbas medicinales, guardándolas en su canastillo. Ella le mostró el lugar donde crecían, y le enseñó el nombre con que eran designadas en aquella comarca.

Finalmente, Tiburius se atrevió a mostrarle sus cuadernos de dibujo. Él había deseado hacerlo más adelante. Fue pasando las hojas y le mostró cómo había dibujado las diversas perspectivas del bosque y todos los rincones del muro, siempre con un lápiz negro de punta fina. Ella se identificó vivamente con los dibujos, y quedó muy gratamente sorprendida de que él pudiese representar —con tanto realismo, fidelidad y belleza— los diferentes aspectos del bosque. ¡Y todo con unos meros trazos negros!

A partir de entonces, ella empezó a sentarse siempre a su lado, observando con mucha atención cómo dibujaba. Miraba ora los diferentes aspectos del bosque, ora los trazos que él ejecutaba en su álbum de dibujo. Y, al cabo, se atrevía a criticar sus dibujos:

—Esto es demasiado pequeño —decía—; lo que se ve, no es así.

Él reconocía siempre sus errores, aceptando que ella tenía razón. Cogía la goma, borraba y volvía a dibujar, tal y como ella le sugería que hiciese.

En ocasiones, tras algunas horas dibujando, él la acompañaba a la casa de su padre. Otras veces era ella quien iba con él hasta el muro de piedra. Pero él jamás le comentó nada respecto a que un carruaje de caballos con sus criados le estuviera esperando en la carretera.

Y así transcurrió gran parte del verano. Una tarde, cuando las fresas habían reaparecido, mientras él dibujaba junto al muro de piedra, tras colocar el cestito repleto de fresas a su lado, ella se sentó sobre una piedra tras él, junto a una alta y estilizada azucena. Mientras veía cómo dibujaba, Tiburius preguntó:

—María, ¿cómo es que no sientes temor alguno en el bosque? ¿Y cómo es que no te asustaste en absoluto la primera vez que nos encontramos aquí?

—Nunca he sentido temor en el bosque, no sé de qué podría tener miedo. Desde mi niñez he venido aquí; conozco todos los rincones y recovecos; no tengo nada que temer. Tampoco me he asustado de usted, porque usted es un hombre bueno y diferente a los demás —respondió ella.

—¿Y cómo son los otros? —preguntó don Tiburius.

—Son diferentes —respondió María—. He ido algunas veces al balneario, como se acostumbra aquí, para vender diversas cosas. Pero una vez que se fueron los extranjeros, decidí no volver más. Los hombres de esta comarca —y hay entre ellos algunos que no conocía hasta hace poco— son unos descarados: me cogen de las mejillas y me dicen, ¡bonita, muchacha!

Don Tiburius soltó el lápiz, cerró su cuaderno de dibujo y se giró en la piedra en que estaba sentado. Miró a la muchacha y se conmovió grandemente, puesto que ella era, en verdad, extraordinariamente bella.

Bajo el pañuelo que siempre cubría su cabeza, sobresalían sus cabellos castaños oscuros, ligeramente revueltos; una bella frente se mostraba entre ellos. Pero más bello y delicado aún era todo su rostro, que resaltaba en su saludable y juvenil color. En contraste con los pobres vestidos que acostumbraba a llevar, aquel color destacaba todavía más. Sus ojos eran muy grandes y oscuros, pero brillantes; y miraban abiertamente a la gente. Cuando se cerraban, se cubrían suavemente con sus largas pestañas. Resaltaba la blancura de sus dientes, a través del rojo de sus labios. Aun estando sentada, su figura, estilizada y dulce, mostraba la misma grandeza que su rostro.

Don Tiburius, que la había contemplado con atención, se volvió de nuevo, abrió su cuaderno de dibujo y continuó dibujando. Pero no lo hizo durante mucho tiempo, puesto que pronto, medio girándose, le dijo a María:

—Hoy preferiría escucharte.

Metió luego su lápiz en el estuche —que llevaba junto al cuaderno de dibujo—, lo cerró, ató la carpeta, guardó todo lo que tenía, y se puso de pie.

María se levantó de la piedra sobre la que estaba sentada y cogió el canastillo. A continuación se pusieron en camino juntos: él con su cuaderno de dibujo bajo el brazo, y ella con su cestito lleno. No se dirigieron —desde el muro— hacia la carretera, sino hacia el bosque. Y ello porque Tiburius quería acompañarla al lugar donde la senda se bifurcaba hacia la espesura, para luego dirigirse a la colina en que estaba situada la casa de su padre.

Cuando llegaron a ese lugar, se detuvieron. María dijo:

—Adiós, y no olvide volver pasado mañana puntualmente. Ahora solo hay fresas en las cascadas del Thür, que está bastante lejos. Si viniera de nuevo conmigo a casa de mi padre, les prepararía las fresas para ambos. Y ahora, ¡buenas noches!

—Buenas noches, María. Vendré —respondió Tiburius, y se marchó por su camino. Ella, a su vez, se adentró entre las ramas y los troncos del bosque de abetos.

Don Tiburius volvió el día prometido. Ella ya estaba allí, esperándole. Cuando le vio aparecer, sonrió. Dijo:

—Mire, ha llegado usted demasiado tarde; yo he salido a la hora exacta —según nuestro reloj— y he llegado antes. Porque tenemos que bajar a las cascadas del Thür, luego ir a mi casa y, finalmente, comer las fresas.

Tiburius fue con ella a las cascadas del río Thür, permaneciendo allí mientras ella cogía las fresas. Más tarde fue con ella a casa de su padre y comió las fresas que ella misma había preparado de la forma acostumbrada. Mientras tanto, ella comía las suyas en un recipiente verde y especial.

Pero don Tiburius se mostraba ahora mucho más tímido y reservado que antes. Acudía siempre que quedaban citados en el bosque; caminaba a su lado, como antes; pero su actitud era mucho más reservada. Utilizaba con cierta reserva la palabra «tú»; y a veces, cuando ella no se daba cuenta, la miraba furtivamente y se maravillaba de su belleza.

Así transcurrió la última parte de aquel verano. Y llegó el otoño: había pasado ya un año desde que la había conocido.

Una tarde en que don Tiburius andaba sumido en sus múltiples pensamientos —que últimamente le pasaban sin descanso por la cabeza—, entonces, de repente, sin saber muy bien por qué, le sobrevino la siguiente idea: «¿Qué pasaría si tomaras a María como esposa?».

Atrapado por este pensamiento, se vio acosado por una desatinada impaciencia. Le parecía como si todos los hombres solteros del balneario deseasen, y con el deseo más ferviente, casarse con María. Hoy no había estado con ella. ¡Cómo había podido dejarla marchar en un momento así, en que debía estar con ella y cortejarla! No comprendía que, habiendo estado con ella todo el verano, no se hubiera dado cuenta de este sentimiento. Ni tampoco no haber tomado las medidas que le condujesen a este objetivo.

Al día siguiente, por la mañana temprano, preparó su carruaje y se dirigió carretera adelante —lo más lejos que esta le permitía—, hasta donde había una senda que ascendía por una colina, a través de matorrales, y que conducía a la pequeña casa de la muchacha. Dejó a un lado la prescripción de bañarse, pues la había olvidado por completo. Cuando el padre y la hija se miraron sorprendidos de que hubiera venido tan temprano, él no acertó a dar razón alguna. María se quedó con él un buen rato en su cuarto. En un momento en que salió para ocuparse de un asunto doméstico, don Tiburius reveló a su padre su propósito. Cuando ella regresó, el padre dijo:

—María, este amigo nuestro, que nos ha visitado con tanta frecuencia y asiduidad durante este verano, desearía casarse contigo. Como es natural, solo accederé si tú le aceptas gustosamente; de lo contrario, no hay nada que hacer.

Ante estas palabras, María se sonrojó. Sí, su rostro se cubrió de un rojo púrpura y no pudo articular palabra.

—Bueno, bueno; todo irá bien —dijo el padre—. No es preciso que des ahora una respuesta. Tranquila; todo irá bien.

La primera impresión de estas palabras la superó María cuando don Tiburius iba ya a marcharse. Este no había caído todavía en la cuenta de que debería dar razón de su persona, presentando documentos y pruebas de su identidad. Cuando pensó en ello, le dijo al padre de María que le tendría al tanto de todo lo que concerniera a su persona e identidad, así como de lo referente a sus relaciones con su hija. Todo lo que deseara saber se lo mandaría incluso por escrito.

En cuanto don Tiburius estuvo algo lejos, el padre fue en busca de María. Esta, que se hallaba sentada y meditabunda en el banco del jardín que había tras la casa, dijo al verle:

—Querido padre, yo le acepto con sumo gusto y de muy buena gana, pues es un hombre tan bueno como nadie. Es de tal clase de honradez que se puede caminar con él a lo ancho y a lo largo de los bosques y de la maleza con toda tranquilidad. Además, no lleva las estúpidas y pretenciosas vestimentas que otros usan en el balneario, sino que es muy sencillo y viste como nosotros. Lo único que temo es que no sé verdaderamente quién es, si tiene una casita o si posee alguna otra propiedad con que poder mantener a

una esposa. Cuando he estado en el balneario, recabando información sobre él, he olvidado preguntar por estos asuntos.

—Estate tranquila sobre todo eso —respondió el padre—. Siempre que nos ha visitado, se ha mostrado muy discreto y cabal. Sus palabras han sido siempre tan juiciosas como plausibles, y en todo momento ha sido muy atento y amable. No pediría la mano de una mujer sino tuviese lo que se necesita para ello. El ser humano puede ser feliz tanto con poco como con mucho.

María quedó convencida con estas palabras y se calmó.

Cuando don Tiburius llegó al día siguiente, en cuanto entró por la puerta, el padre le dijo que María accedía a casarse con él. Tiburius se puso tan contento que no sabía qué hacer ni por dónde empezar a hablar. Cuando fue la propia María quien le dijo que le aceptaba por esposo y con muchísima alegría (cosa que sucedió la semana siguiente, estando ambos sentados en el banco del jardín), Tiburius dejó sobre la mesa un obsequio que había llevado consigo durante muchos días en su bolsillo.

Se trataba de un collar de seis filas de selectas perlas. Era una joya que llevaban las mujeres de su casa desde mucho tiempo atrás. Había traído al balneario aquella cajita con el collar la primavera pasada, así como otros objetos de diversa índole, con el propósito de limpiarlos y apañarlos para poderlos entregar después a su futura esposa como adorno.

María desconocía el gran valor de estas perlas, pero tenía la intuición de que tendrían que ser muy valiosas. Lo único que sabía con certeza, cuando se las puso, es que le quedaban increíblemente bien; lucían bellas y delicadas en su cuello.

Entretanto, habían llegado ya todos los documentos y certificaciones de su identidad y circunstancias personales, y don Tiburius se las presentó al padre de la muchacha. Junto a esta documentación, había enviado también muy bellas telas. Con ellas María había confeccionado vestidos, pero todos del mismo tipo y corte que los que había llevado hasta entonces. Él no le había prescrito nada sobre este particular, limitándose a enviárselos con toda sencillez y cariño.

Cuando ella se los puso, fue don Tiburius con ella en su carruaje de bellos corceles por la calle más animada y concurrida del balneario. La gente se sorprendió sobremanera, pero enseguida advirtió que todo cuadraba, pues poco antes Tiburius había alquilado una bella y enorme residencia amueblada. Nadie tenía la más mínima idea de su relación; incluso sus sirvientes habían creído siempre que él iba al bosque meramente a dibujar.

Sin embargo, él había encontrado —nadie sabía dónde— a esa muchacha, a quien ahora traía como esposa. El rumor se extendió por cada una de las casas, habitaciones y rincones de la comarca. No una sola vez, sino cien veces se aludió al viejo proverbio alemán: «Las aguas tranquilas se cimientan en las profundidades». Incluso algún libidinoso y experto viejecito decía significativamente: «El taimado zorro sabe muy bien dónde va a buscar las bellas palomas».

Cuando se hubieron cumplimentado los requisitos legales, Tiburius llevó a María a su residencia ya como cónyuge. A finales del otoño, todos los huéspedes del balneario que todavía se hallaban allí vieron cómo Tiburius se subió al bien preparado y acondicionado carruaje de viaje, que solía estar siempre ante su casa. Y vieron de igual modo cómo partió Tiburius con su esposa a Italia.

Él hubiera querido pasar allí todo el invierno, pero viajaron durante tres años por diversos países, desde los que regresó a la casa que, mientras tanto, se había hecho construir en la bella patria chica de María. La casa paterna la había vendido.

¡Pero cómo había cambiado el bueno de don Tiburius!

De las figuras chinescas de seda y de las cabezas de alce sobre la cama no quedaba ni rastro. Dormía sobre sencilla y pura paja, cubierta —eso sí— con sábanas de algodón. Todas las ventanas estaban siempre abiertas de par en par, y corría el aire por todas partes. Don Tiburius iba por la casa vestido con sencillos batines de tela, al igual que su amigo el pequeño doctor, aquel que le había aconsejado visitar al balneario. Y también amplió sus posesiones, como lo había hecho el pequeño galeno.

Aquel doctor, que le había dado la mejor receta de su vida, vivió todavía muchos años en las proximidades de Tiburius. Decidió cambiar de residencia, junto con sus plantas e invernaderos, debido al

mejor aire que había allí, así como por otras circunstancias favorables que se daban para sus plantas.

Cuando llegó a sus oídos el asunto del matrimonio de Tiburius, el doctor se rio jocosa e indescriptiblemente, celebrando su intuición. Respetaba y quería mucho a su vecino y, a pesar de que le había llamado «Tiburius» casi desde que le había conocido, en adelante no le llamó sino «mi amigo Theodor».

También su esposa, que había sido especialmente esquiva con Tiburius, y que había llegado a rechazarle, debido a su locura y estupidez, ahora le estimaba y respetaba considerablemente. A María, sin embargo, la quiso todavía con más afecto e intensidad; y la tuvo siempre como su más íntima amiga.

Con la pura y fiel cordura —propia de la muchacha de las fresas (si bien ella creía que tal carácter le había sobrevenido de su relación con don Tiburius)—, y con su energía clara e ingenua —algo que es patrimonio de las criaturas del bosque—, el ser hogareño de María se volvió todavía más límpido, alegre y cálido. Era como una obra de arte de una peculiar, bella e impecable fundición.

Tiburius no era, ciertamente, el primero que había tomado como esposa a una mujer procedente del campesinado; pero no todos pueden decir que les haya ido tan bien como a él. Yo mismo he conocido a uno, cuya mujer malgastó todo su patrimonio en su querido y bello cuerpo de labriega.

Como al padre de María se le hacía muy aburrido vivir solo en su casa de la hondonada, se fue a vivir con sus hijos. Tenía en la pequeña habitación donde dormía el mismo reloj que antaño colgaba de la habitación de su casa.

Pues bien, así tendría que terminar esta historia de *El sendero en el bosque*.

Sólo un ruego más: Don Theodor Kneight me disculpara que le haya llamado siempre «*Tiburius*». Pero es que Theodor no es un nombre que me sea tan habitual y presente como el del querido y bueno de Tiburius.

Al respecto, recuerdo que una vez me asusté mucho al decirle, bromeando: «Tiburius, eres el mayor estúpido y cretino que hay en esta tierra». Y, ¿no tenía, en cierto modo, toda la razón?

Posdata:

En el mismo momento en que acabo de terminar de escribir esta historia, me llega la noticia de que acaba de ver la luz el primer hijo del matrimonio: una alegre y vociferante criaturita, que será la única preocupación, el único sufrimiento y la única amargura que empañará el matrimonio entre María y Tiburius.

ADALBERT STIFTER (Horní Planá, República Checa, 23 de octubre de 1805 - Linz, Austria, 28 de enero de 1868). Fue el mayor de los hijos de Johan Stifter, que murió en 1817 aplastado por un tren. Aunque la familia no tenía mucho dinero, Stifter fue educado en el Gymnasium Benedictino de Kremsmünster, y en 1826 se matriculó en la Universidad de Viena para estudiar leyes.

En 1828 se enamoró de Franny (Franziska) Greipl pero, tras cinco años de relaciones, sus padres le prohibieron que siguiera viéndola. Fue aquélla una pérdida de la que Stifter jamás lograría recuperarse. En 1835 se comprometió con Amalia Homaupt, con la que se casó en 1837. Fue un matrimonio infeliz. Stifter y su esposa, incapaces de concebir hijos, adoptaron, a lo largo de los años, a tres de las sobrinas de Amalia. Una de ellas se fugaría y otra, Juliana, desapareció y fue encontrada flotando en el Danubio cuatro semanas después.

Mientras vivió en Viena, Stifter se ganó la vida precariamente como tutor de los vástagos de la aristocracia vienesa. Asiduo a la vida intelectual de la capital austriaca, era habitual encontrarlo en el famoso Burgtheater y en los cafés literarios acompañado de figuras como Franz Grillparzer, Joseph von Eichendorff o Robert y Clara Schumann. Tras visitar la ciudad de Linz en 1848, decidió establecerse en ella un año después. Su salud física y mental empezó a empeorar en 1863, y en 1867 enfermó de cirrosis. Sumido en una profunda depresión, se cortó el cuello la noche del 25 de enero de 1868, y murió dos días después.

Considerado uno de los más importantes autores en lengua alemana del siglo XIX, a él se deben obras de la importancia de *Abdías* (1842), *Brigitta* (1844), *Las piedras de colores* (1853), *Witiko* (1867) y especialmente *El verano tardío* (1857). *El sendero en el bosque* (*Der Waldsteig*), pequeña y deliciosa obra culminada en 1845, aúna todas las virtudes que hacen de Stifter un auténtico genio: las descripciones de paisajes agrestes y el espíritu propio del romanticismo alemán, todo ello bañado por un desenfado y un candor que pocas veces vemos reflejados en una obra literaria con tal delicadeza.

Notas

[1] Albrecht von Haller (Berna, 16 de octubre 1708 - Berna, 12 de diciembre 1777). Médico, anatomista, poeta y naturalista suizo, que es considerado el padre de la fisiología moderna. Nacido en Berna, estudió en las universidades de Tübingen y Leiden. Tras concluir su formación médica, Haller emprendió exhaustivas investigaciones botánicas y anatómicas, que le hicieron merecedor de una cátedra en medicina, anatomía, cirugía y botánica en la Universidad de Gotinga en 1736. Haller publicó muchos libros científicos, entre los que debemos citar sobre todo sus *Elementa Physiologiæ Corporis Humani* (*Elementos de la Fisiología del cuerpo humano*, 8 volúmenes,
1757-1766
), un monumental tratado de gran prestigio, que tuvo tanta fama en toda Europa que fue conocido como el *Haller*. En esta obra, Haller establecía que existía algún tipo de relación entre el dolor y los nervios. (*N. del T.*). <<

Índice de contenido

Cubierta

El sendero en el bosque

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Sobre el autor

Notas